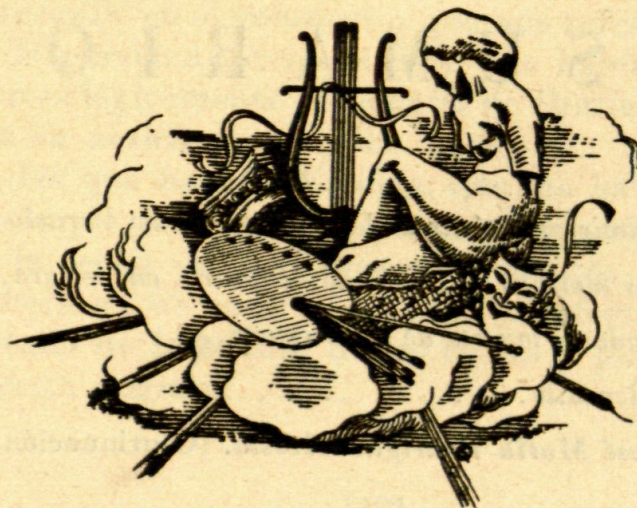


UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE



TERCER CUATRIMESTRE

M A D R I D
1958

ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE
AÑO XLI. XVI DE LA 3.^a ÉPOCA - TOMO XXII - 3.^{er} CUATRIMESTRE DE 1958

AVENIDA DE CALVO SOTELO, 20, BAJO IZQUIERDA (PALACIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL)

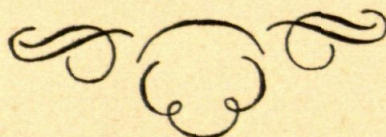
DIRECTOR: MARQUES DE LOZoya

SECRETARIO DE REDACCIÓN: D. JOAQUÍN DE LA PUENTE PÉREZ



SUMARIO

	Págs.
A. RODRÍGUEZ-MOÑINO: <i>Noticias artísticas del Monasterio de Veruela (1499-1513)</i>	83
M. SANCHÍS GUARNER: <i>Los molinos de viento de Mallorca, en peligro</i>	88
SANTIAGO MELERO: <i>Esplendor y muerte de Berruguete</i>	91
JULIÁN MORET: <i>Manuel Benedito</i>	101
<i>Los diarios de viajes de José María Rodríguez-Acosta. (Continuación.)</i>	107



Noticias artísticas del Monasterio de Veruela (1499-1513)

por A. RODRIGUEZ MOÑINO

ENTRE los manuscritos de mi biblioteca conservo uno, procedente de la Librería Porter (Barcelona), muy interesante desde el punto de vista histórico.

Se trata del *Libro de Memorias* de Fr. Juan Martínez Navarro, monje cisterciense del Monasterio de Veruela y Subprior que llegó a ser de aquella santa casa.

Nacido en Auñón el año 1470, tomó el hábito el de 1481, ordenándose de Epístola en Calatayud el 23 de septiembre por mano de D. Andrés Martínez, obispo de Tarazona, de Epístola en igual día y mes de 1486, y finalmente cantó misa por vez primera el 21 de agosto de 1492.

El año de 1505 recopiló en el volumen a que nos referimos todas sus notas sueltas de sucesos que le parecían interesantes y que había ido apuntando; a partir de esa fecha siguió cronológicamente esa especie de *Diario*, o mejor *Anales* de cuanta ocurrencia llegaba a su noticia hasta 1514.

Son tan escasas las que hay de Veruela, que me ha parecido oportuno transcribir aquí los asientos que pueden tener interés para la historia del arte o de la artesanía, pues junto a la fecha de las obras del claustro de Tarazona no he vacilado en apuntar la hechura de unas mesas para el refectorio.

He aquí el resultado de la lectura de los ciento y pico folios de letra apretada que tiene el manuscrito original:

1499

En el mes de otobre del anyo suso calendado fizo azer fray johan martinez nabaro monge vn debant de altar de fustan negro con su frontal para el altar mayor con vna + blanca en medio y vj listones y dos almaticas negras de fustan negro para los anjbersarios los faldares y mangas leonadas de fustan costo todo ex d.

En el mes de nobjenbre del anyo suso calendado don fray pedro de sanguesa monge del dicho monesterio de veruela fizo azer el retablo de sant Jayme y el de sant andres y les djo todos los ornamentos que tienen.

El mjsmo monge compro el ençensero de plata que tiene oy el monesterjo de beruela y dio tres camisas las que tienen los faldares de jamelot [Fr. Pedro de Sanguesa].

1500

A xxviiiij de abrijl apres de comer sobredjcho obispo [de Bona] bendjcio la custodja y djo a todos los que tomassen el corpus della xxxx djas de perdon la cual custodia traxo el Señor abbat el Vjernes santo que fue a xvij de abril del present año.

Item elsobredjcho objspo djo a todo fiel xpistiano que adorara la + lamada lignum domjni por cada begada xxxx dias de perdon.

Item bendiçio la + mayor que tiene la + de sant johan en medio.

A xxviiiij [de] abril el obispo don fray gilem sera obispo de bona frayre menor que era y rigia el obispado de tاراونا a supljcaçion del Rdo. Sor. don pedro ximenes deubun abbat de beruela consagro la canpana mayor del monesterjo llamase marja fueron asitentes el prior fray estella y el sosprior fray Johan martinez a. d. de dj.

El mismo dja y hora consagro la canpana de medio coro llamase anna.

El mismo dja y ora consagro la canpana del reloj llamase agata.

El mismo dja y hora consagro la del dormjtor llamase barbara.

A xxx de abril el sobre dicho obispo [de Bona] consagro el altar de la sacristia en onor de sant esteban y puso en el reliquias de santa luçia de sant lorenço de sant saturnino las cuales reliquias fueron sacadas del relicario del dicho monesterio por manos de fray johan martines sosprior y sacristan principal del dicho monesterio por mandado del Señor don abbat. Conçedio el mismo obispo a todo fiel xpistiano que visitara cadanyo el sobredicho altar el dia de su consagraçion xxxx dias de perdon.

En el mismo dia es a saber a xx de abril el mismo obispo de bona consagro el altar de sant lorenço y de calixto y de sant saturnino con las mismas indulgencias del altar de sant esteban.

El mismo dia [30 de abril] consagro el sobredicho obispo el altar de sant jayme ay reliquias de sant lorenço de sant calixto de sant saturnino con las mismas indulgencias.

El mismo dia [30 de abril] consagro el sobredicho obispo [de Bona] el altar de santa caterina y ay reliquias de sant lorenço y de santa luçia y de santa marina. con los mismos perdones que a los otros altares.

En este mes de mayo se obraron las claustras de trasobares que el papa de luna las abia derocado.

A xxx de agosto dio luçia nabaro la caxa mayor de la sacristia para los bestimentos que rueguen a dios por ella.

xiiij de octubre conpro el Sor. abbat el relox costo xxxx florines de oro y el relox biexo y el mismo dia lo asiento como abia de estar.

1501

[Julio]. En este tienpo se yzo el retablo de sant miguel en la yglesia de anyon fue estimado en cccclxxxx ds. [?].

Eodem tenpore el Reverendo don guillen de moncada obispo de tاراونا enpeço de obrar las claustras de la seu de tاراونا.

[Tras Octubre] en este año se obro el ostal del monesterio de beruela fizolo azer el Señor abbat.

En este mes [de Noviembre] se conpraron las alfaçenas del presbiterio y del coro.

[Diciembre]. En este mes conpro el Señor abbat las tablas que estan en el ostal.

[Diciembre]. En este mes se obro la canbra los papagayos con su bentana lo cual izo azer mas te coral.

A xj del mes de dezienbre se desanso la canpana del refitor de cuaresma tenia presidencia el sosprior pusieron la campana del dormitor.

1502

En este mismo año a vii de febrero se obro la canbra del prior de bobeda.

Miercoles a xvi de março se torno la canpana al refitor de cuaresma la cual se abia desansado a xij de dezienbre y la otra que abia puesto tornose al dormitor.

En este mes de julio fizo azer el Señor abbat las puertas que están en la puerta real del monesterio costo de rusta [?] y manos menos de otras espensas ccc ds.

En este año conpraron los del poyuelo vn caliz para sant anna y fizieron labar la ermita de algevi [?] toda.

En este mes [octubre] e anyo fizo losar el señor abbat toda la yglesia mayor costo de manos del maestro c ds.

It. A xij del mes de nobienbre fizo fazer el señor don abbat dos calices para dezir misa traxolos fray blas.

Lunes a xxviii del dicho mes [noviembre] fue deslosada la navada de santa catalina que antes toda estaba losada y la losa fue puesta en el cuerpo de la yglesia mayor y la dicha navada cubierta de tellas la cual obro mastre oliba.

1503

A xv de março miguel esteban menor mercader dio una capa de jamelot terziado [?] negro y bermexo al monesterio porque rueguen a dios por el.

En este mes de mayo del año sobre dicho miguel navarro notarius [?] ciudadano de çaragoca dio vn devant de altar de lienço pmo. para el altar mayor los listones bermexos con su frontal.

A xxx del mes de mayo año 1503 fizo fazer don fray pedro navaro alias de sanguesa monge del dicho monesterio, capellan de las monjas de Trasovares fizo vn devant de altar de terciopelo verde con los atques de terciopelo morado y el frontal morado para el altar mayor.

1505

A xx de otobre obro fray johan martinez sosprior la canbra de la enfermeria de bueltas de algevi con licencia del señor abbat y que la tenga mientras biba.

1506

A xxvi de setienbre se yzo la escalera que agora esta en la canbra del señor don abbat fizola azer el Rdo. don fray pedro denbun abbat del dicho monesterio.

1507

A xxvij de agosto fizo azer el Señor abbat dos canpanas en Vera la una para vulvuet la otra para bera fue el prior y el convento con sus cugullas a berlas fondir y a la procesion a la yglesia de Vera.

En este mes [octubre] se cubrio el canpanar mayor e todo lo que esta de alge... ? y la canpana de medio coro lo mismo y el reloxx todo lo que de ... y alge... ? esta encima la yglesia se fizo en la ora y se ... el cimiterio que esta a la puerta la yglesia con el portal y puerta segun esta tapiado y se plantaron los cipreses...

1508

[Noviembre. Se enterró el Condestable de Navarra y Conde de Lerín Don Luis de Beaumont. Dejó a Veruela] vn panyo de terciopelo negro y otro blanco carchofado y dos catijas [y] vn plato de plata.

En el mes de dezienbre fray pedro de sanguesa monge profeso de veruela fizo una nobeta de plata para el encens ya avia fecho vn ençensero de plata segun consta en el mes de octubre.

1509

El señor don fray pedro ximenes denbun fizo vna capa de carmesi la cual sirbio la vejillia de pas-cua florida que fue a vij de abril.

En este mes [diciembre] sentablo el coro baxo de los monges costo ccc ducados los cuales ccc ds. abiamos ovido de la ofrenda de la nobena del conde de leryn.

1510

A ij de julio inbio fray vicent [¿buitron, obispo de Túnez?] frayre profeso de beruela de balençia vna casula morisca muy buena y vn almayçar y vn coxin a modo de cabeçal morisco para la sacristia de Veruela y todo lo tomó fray Martin boneta sacristan mayor y tambien inbio vnas toballas y unos corporales en dos capras en los cuales corporales y palio se abia dicho misa en el sepulcro santo y en el altar de santa caterina de monte sinay los corporales están en el relicario. Y una piedra la cual estuvo en el sepulcro santo. Del coxin se hizo un sobre fazistor para el ebangelio.

A xxij de octubre moryo fray martin de boneta monge profeso de Veruela era sacristan mayor e esta enterado en la puerta mayor de la yglesia. este escribio noto y lumino los v volumines de libros responsorios que estan en el coro y fizo los tres cuadernos de las istorias de la vissitacion sant anna y la trasfiguración y fizo vn manual para la sacristia para dar el corpus la estrema vnçion y enterar con todo el oficio de muertos y fiziera mas si le daran pargaminos cujus anima requiescat in pace amen.

1512

A xvj de febrero feneçio don frey pedro de sanguesa monge profeso de Veruela este fizo el retablo de sant andres y de sant jayme fizo el encensero de plata y la naveta dio toda la plata de la + y diez de oro para la custodia y fizo vnas camisas solemnes para los defuntos e otras muchas cosas esta enterrado a la puerta la yglesia mayor en la sepultura del padre de don fray joan romero. Y [dió] el devant altar de terciopelo verde con los atques y flontal morado.

A iiij de mayo se enpeço de obrar la puerta de la clavstra por maestre joan de valençia forastero [?] fue aseñalada dicha puerta miercoles a xviii de mayo viespra de açension del mismo año.

[Mayo]. En este mes se yzieron las andas para levar el corpus xpisti el dia en la proçesion y el banco del agua bendita.

A xiiij de junio se principio a obrar el fazistor del coro por maestre joan de balencia forastero [?].

[Julio]. Fué puesto el retablo que esta en la trinidad que solia estar en la sepultura de don sancho de marzilla y bajaron el escripto y pintaron el + cifixo que en el esta.

A vij de setienbre fue sentado el fazistor mayor del coro y el dia de nuestra señora cantamos en el el cual fazistor fue principiado a xiiij de junio del present año fue del todo acabado de asentar a x de setienbre presentes los Reverendos Señores abbades de beruela don fray pedro ximenes denbun y don fray miguel ximenes debun e fray joan martínez fray vera fray salinas e otras muchas personas.

A xxvij de setienbre fizo azer el señor abbat las mesas del refitor de cuaresma las cuales mesas sallieron de vna nogera que estaba... el ciminterio fueron sentadas el dicho dia por maestre joan de balençia.

1513

En este mes [febrero] el señor abbat fizo vna capa para la yglesia del lugar del pozuelo es de damasco narangajado con su fres [?] de oro tiene en la capilla las armas del Señor abbat y las del monesterio fue conprado por manos de pablo daroqua y por fray joan martinez monge de Veruela costo dviii ducados.

Los molinos de viento de Mallorca, en peligro

por M. SANCHIS GUARNER.

EL prestigio internacional de Mallorca, el hecho de que sea hoy el primer foco de atracción turística de España, es, evidentemente, resultado de varios sumandos: el clima, el paisaje, los monumentos, el tipismo y las instalaciones. A los problemas que estas últimas plantean atienden principalmente los poderosos intereses que la industria del turismo pone en juego y sería una injusticia silenciar los grandes éxitos que ya se han conseguido. Pero la iniciativa privada, preocupada siempre por el rendimiento inmediato, suele desentenderse de los problemas colectivos, y los del tipismo, los del color local, a veces nada fáciles de definir, son los que reciben menos atención.

Y es verdaderamente doloroso, porque gracias a su condición insular Mallorca ha conservado numerosas formas tradicionales de cultura popular, perfectamente ajustadas al ambiente y adaptadas a la idiosincrasia colectiva, fieles a los determinantes de origen y paisaje, por lo que, casi siempre, su utilidad corre parejas con su belleza.

Una de las formas más sobresalientes de la cultura popular material de Mallorca son los molinos de viento. El viajero que llega a Mallorca por mar—y tímidamente osaré exponer mi opinión de que el primer viaje a una isla debe hacerse por vía marítima—se ve apaciblemente impresionado al descubrir en el Jonquet el arrabal ponentino de la ciudad antigua, una hilera de molinos de viento, dos de ellos restaurados, con la arboladura completa. Los componentes principales de la belleza de Mallorca comienzan a ser admirados antes de desembarcar: el paisaje de rocas, espuma y pinos, los monumentos arquitectónicos de la catedral y el castillo de Bellver, tan sabiamente emplazados, y el tipismo, representado en la bahía de Palma por esos molinos de viento del Jonquet.

* * *

Los molinos de viento mallorquines ofrecen diversas singularidades etnográficas que ya han sido estudiadas por los especialistas. Todos tienen la torre cilíndrica de mampostería, generalmente encima de la vivienda del molinero, cuya

techumbre le sirve de terraza para sus manipulaciones. La cubierta de la torre es cónica, de ramas de carrizo, y en ella está montado el árbol con la gran rueda giratoria vertical que transmite su movimiento a las muelas horizontales.

En el tipo más general en Mallorca, de la parte exterior del árbol o eje horizontal del molino, irradian seis aspas provistas de largos y estrechos enrejados de madera en los que se montan sendas velas rectangulares. Toda la techumbre con el árbol es móvil, para que las aspas puedan ser orientadas según la dirección del viento, y está dotada de un mecanismo interior para su movimiento de rotación. El molino mallorquín se diferencia así del manchego, cuyas aspas son cuatro y cuyo movimiento giratorio se acciona mediante una barra exterior; se parece más bien a los molinos sicilianos de Trápani.

Menos conocidos son los molinos de viento mallorquines de tipo panémone, es decir, los que tienen las aspas sin enrejado y son triangulares las grandes velas que en ellos se montan. Son parecidos a los del Campo de Cartagena y a los de Portugal, si bien estos últimos tienen cuatro aspas, mientras que los cartageneros y mallorquines tienen seis; los de la isla griega de Miconos tienen hasta doce aspas con pequeñas velas triangulares. Otro tipo de molino panémone mallorquín tenía las seis aspas bifurcadas, y en las ramas accesorias se montaban otras seis velas triangulares más pequeñas, de manera que sus velas llegaban a sumar doce, como las de los de Miconos, si bien repartidas en dos juegos.

* * *

Es natural que los molinos de viento del Jonquet hayan venido a convertirse en un tópico, en motivo de un sinfín de tarjetas postales y de viñetas de decoración folklórica. Pero no debemos alarmarnos ante la etiqueta de «tópico turístico», pues ya sabemos que las cosas difícilmente llegan a ser tópicas si no descansan en una amplia base de realidad. En el Círculo de Bellas Artes de Mallorca se comentaba chuscamente que resultaría imposible organizar una exposición colectiva de pintores mallorquines si se imponía como condición el no haber pintado nunca los molinos de viento del Jonquet.

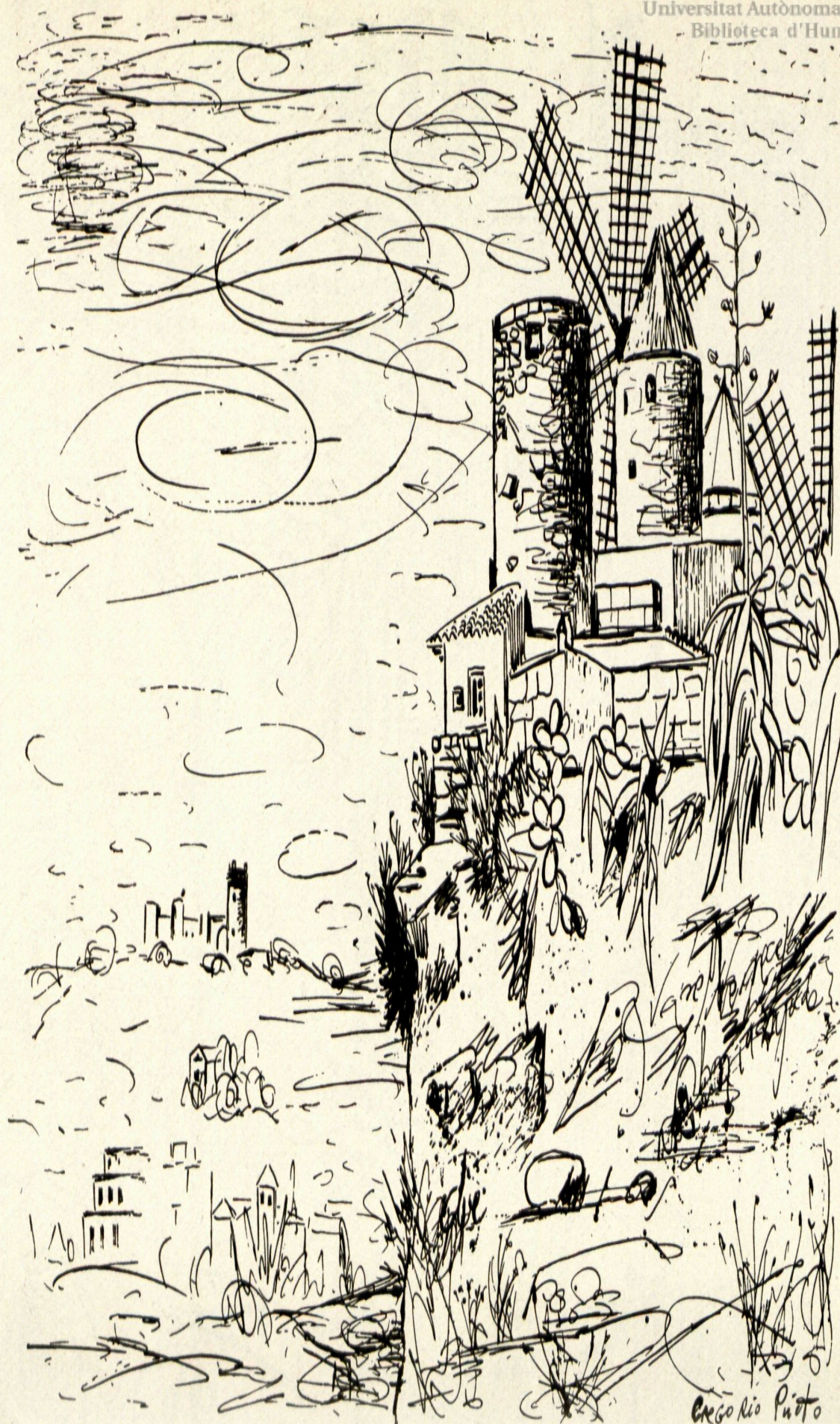
Pues bien, ese delicioso legado de nuestros antepasados, ese bello exponente de cultura popular, corre en estos momentos grave peligro de desaparecer. El Jonquet es una barriada de pescadores muy pintoresca pero muy mísera, cuyo saneamiento se imponía perentoriamente. Pero como su emplazamiento es espléndido, dominando la bahía de Palma, por fuerza tenía que tentar a los constructores de hoteles—ya dos de los molinos están hoy prostituidos, convertidos en salas de fiestas—, y ahora una Compañía alemano-suiza tramita la aprobación de un grandioso proyecto de urbanización del Jonquet. Pero una parte considerable de la opinión pública piensa que debe hacerse compatible dicha urbanización con la subsistencia de los molinos de viento, que vendrían precisamente a constituir uno de sus rasgos más destacados y agradables.

El ilustre pintor Gregorio Prieto, campeón de la revalorización de los molinos de viento, y gracias a cuyos afanes han sido restaurados tantos molinos de viento españoles, ha venido adrede a Mallorca a interesar a las autoridades locales y a los técnicos municipales para que impidan el atentado. Es tan considerable la importancia turística de Mallorca, que el asunto rebasa los caracteres de un pro-

blema local. Todo visitante de Mallorca—y lo han sido muchos cientos de miles— conserva entre sus recuerdos el de sus graciosos molinos de viento. En la Provenza, el restaurado molino en que Alphonse Daudet escribió las «Lettres de mon Moulin», es un punto de atracción de forasteros. Los molinos de viento holandeses son objeto de amorosos cuidados de las Asociaciones de Amigos de los Molinos, que poseen buenas subvenciones estatales. En Miconos es el molino de viento el señuelo utilizado para el fomento del turismo. Quiera Dios que los esfuerzos y ofertas de Gregorio Prieto se vean coronados por el éxito; que no pierda Mallorca esta singular nota de su encanto.



Palma de Mallorca. Molinos de viento en el Jonquet. Dibujo de GREGORIO PRIETO.



Palma de Mallorca. Molinos de viento en el Jonquet. Dibujo de GREGORIO PRIETO.



Palma de Mallorca. Calle de Santa Catalina con molino de viento al fondo. Dibujo de GREGORIO PRIETO.



Gregorio Prieto

Palma de Mallorca. Restos de un molino de viento. Dibujo de GREGORIO PRIETO.

Esplendor y muerte de Berruguete

por SANTIAGO MELERO

A comienzos de 1526, Berruguete contrae nupcias con doña Juana de Pereda. En febrero del mismo año obtiene real licencia para fundar mayorazgo, según consta en documento que obra en el Archivo de Simancas. Su esposa pertenece a un esclarecido linaje de comerciantes avecindados en Medina de Rioseco, villa trajinera rica en monumentos, a muy pocas leguas de Valladolid.

En los tres años que median entre el nombramiento de escribano del Crimen (expedido por Carlos V, desde Logroño, en 1 de octubre de 1523) hasta la fecha del matrimonio, las actividades propiamente artísticas de Berruguete, de que tenemos noticias, no acaban de cuajar. Concierta con el obispo de Oviedo, D. Diego de Muros, la pintura y dorado del retablo de su Catedral—23 de julio de 1522—, y luego, inexplicablemente, no se lleva a cabo; negocia al siguiente año las pinturas de unas puertas de retablo para la iglesia de San Lorenzo de Valladolid, y se malogra el trabajo, por deficiencias de la madera utilizada, cuando, al parecer, «llevaba bosquejado un Descendimiento de la Cruz en grisalda». Así andan las cosas, con esta tonalidad indecisa y como atribulada, aunque las ganancias que la escribanía le proporciona no son nada desdeñables; tal vez constituyan los primeros fundamentos sólidos del capital que iba acumulando, luego ampliado con la dote aportada por la mujer, pues los padres de ésta debían de poseer, además del comercio, tierras y heredades.

En este paréntesis prematrimonial, ajusta la primera obra de escultura que conocemos de él sin lugar a dudas: el retablo del Monasterio de Jerónimos de la Mejorada, de Olmedo. Se fija en 250 ducados el importe de la ejecución y materiales. Como podrá apreciarse, por aquel entonces, debido a la escasez de trabajo o que su nombre no estaba del todo cimentado, las pretensiones económicas de Berruguete no pueden ser menos gravosas.

Hay que tener presente, no obstante, que hasta ese momento la fama que había obtenido era de pintor—pintor de Cámara—y no de escultor, tallista o imaginero. Quieren algunos investigadores, no sin cierta base, que Berruguete ostentara el título de maestro mayor de las obras reales. Que desempeñó misiones de arquitecto al servicio de Carlos V, es algo sobre lo cual todos los criterios se muestran concordes. Donde la perplejidad empieza, y aquí sin argumentación a la mano, es al intentar definir la clase de arquitecto que Berruguete fuera. ¿Sería arquitecto-constructor o arquitecto decorador? Lo más probable es que se dedicara a la composición arquitectónica de elementos decorativos u ornamentales: medallones,

capiteles, bichas, arabescos, escudos... Acaso, si los documentos vistos por Llaguno no son pura fantasía, Berruguete se encargará de trazar y dirigir las primeras obras de adaptación del castillo de Simancas a Archivo de la Corona. Hay otras obras en las que también se cita a Berruguete como probable arquitecto; pero sin que pase, desde luego, de mera presunción. Entre ellas figuran el antiguo Palacio de Madrid, el Palacio Real del Pardo, la Alhambra y el Palacio de Carlos V, de Granada, y, con mayor seguridad, su nombre anda también asociado a San Benito, de Valladolid; al de La Mejorada, que acabamos de mencionar, y a la fachada norte del Alcázar de Toledo.

El acontecimiento más decisivo en la vida artística de Berruguete surge a los pocos meses de casado. El Monasterio de los benedictinos, frontero al taller del artista, quiere erigir un retablo de gran tamaño, una suntuosa advocación al santo patrón de la iglesia conventual. Se entablan conversaciones y se cambian puntos de vista entre los poderosos frailes y Berruguete; al fin, el 8 de noviembre de 1526 se firma la escritura. Tres años más tarde es montado, en la capilla mayor, el espléndido retablo. Antes de terminarlo, ya se ha comprometido a construir otro para la capilla del colegio de Santiago, de Salamanca, que daría por concluso en 1533. Ahora es cuando Berruguete acusa impacientes deseos de rápido encumbramiento. Pero se adivina que tras de él brilla el industrioso celo de Juana, que no en balde lleva en la sangre el plasma mercantilista y la intuición acrecentadora de bienes inmuebles. En efecto, en muy poco tiempo, entrado el año 1528, Berruguete ha alzado una casa en lo más céntrico de Valladolid, digna de un prócer enriquecido. Las vicisitudes adquisitivas de la cesión del terreno por Francisco Saldaña, quien lo tenía en renta, y a censo perpetuo, del convento de San Benito; el rescate por 400 ducados, para edificar «unas casas principales», así como la compra de otras destinadas a explotación y ampliación de sus talleres, nos dan la medida del formidable impulso social y material que de pronto toma la vida del escultor.

Hasta mediado el siglo XVII estas casas principales estuvieron en poder de los descendientes de Berruguete, después han sufrido diversos y accidentados destinos, convirtiéndose, por último, en las oficinas de la Comandancia de Ingenieros, que actualmente siguen allí instaladas. «En la misma calle de Milicias, acera de pares, tuvo Berruguete otras casas, y también viñas, lagares y bodegas, fuera del Puente Mayor.» Así lo afirma Agapito y Revilla, con las pruebas aducidas por Martí y Monsó. Pero aún, si nos lo propusiéramos, podrían enumerarse más fincas pertenecientes al caudal inmobiliario del artista. Renunciamos a tal empresa, puesto que nada está más lejos de nuestro ánimo que hacer un inventario de los bienes de Berruguete. Pero importaba mucho, por las implicaciones que de ello se derivan, traer este asunto a colación. Una casa de las proporciones y magnificencia de la que acabamos de señalar, no sólo nos facilita la idea exacta del nivel económico a que el escultor asciende, sino que acredita la firme decisión, por parte de Berruguete, de entrañarse en Valladolid para siempre. Por eso él pone cuidadoso empeño en labrar el edificio que en lo sucesivo habrá de albergar a la familia que vaya formando y la que, al paso del tiempo, engrosará a su vez el limpio linaje. Buena ocasión hubiera sido ésta para averiguar las verdaderas dotes de arquitecto de nuestro hombre, tan traídas y llevadas, y tan desconocidas en realidad. Desgraciadamente, aunque las casas se sustentan sin ningún cuarteo

miento, toda su estructura, tanto exterior como interior, han experimentado innúmeras transformaciones, por lo que hoy resulta imposible reconstruir su primitiva fábrica. Lo que sí resalta al instante, a falta de la visión original, es el dilatado espacio que ocupan, con holgado acceso a dos calles de ancha calzada. El arco y entrada principal, que da a San Benito, actualmente aparece tapiado, pero todavía se ven un par de columnas flanqueando el hueco. El interior conserva dos patios de la época con capiteles en las columnas, si no berruguetianos sí de su marcada influencia. Estos inmuebles comunican todavía con la llamada calle del General Almirante, la que en su día se denominó «calle que va a San Miguel»; luego, en el siglo XVII, «de la Cruz» o vulgarmente «de Berruguete», y después, de «Milicias», por haber establecido en ella su cuartel general este cuerpo en 1770, a seguido de algunas diligencias judiciales.

Sin ningún grave sobresalto que altere el mansueto transcurrir doméstico, el matrimonio llega a tener, que se sepa, cuatro hijos: Alonso, Petronila, Luisa y Pedro. El primero, nacido en 1532, estudió por la Universidad de Salamanca, pero no debió hacerlo con fértil aprovechamiento, porque no se ocupó en otra cosa, según parece, que en medrar al cobijo del padre, a quien tal vez le ayudara en sus trabajos. Lo cierto es que no existe ninguna obra suya por donde podamos deducir sus dotes efectivas de artista. Alonso Berruguete y Pereda estuvo casado con D.^a Isabel Berruguete, al parecer prima carnal; tuvieron cinco hijos. Las dos hermanas, Luisa Sarmiento y Petronila Pereda, se desposaron con los hermanos Diego y Gaspar de Anuncibay, respectivamente, el 29 de enero de 1556. La primera llevó al matrimonio 700 ducados de dote, y la segunda, 500. Los maridos, nietos de D. Diego de la Haya, uno de los banqueros más importantes de Valladolid y fundador del retablo de la capilla de los Reyes en la iglesia de Santiago, cuya labra había realizado diecinueve años antes el mismo Berruguete, aportaron 600 y 500 ducados en concepto de arras. Residieron en la casa señorial del suegro, pues así lo estipulaba una de las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales, además de proveer a la manutención de los nuevos esposos y de sus criados. Aunque no tardaron mucho tiempo en enzarzarse en un pleito yernos y suegro, en torno al pago de las dotes, las relaciones familiares se deslizaron en todo momento dentro de la mayor cordialidad. Dos hechos bien elocuentes lo testimonian: los hermanos Anuncibay salen fiadores de Berruguete al contratar éste el retablo de Cáceres, y D.^a Juana Pereda, nueve años más tarde—muerto Berruguete—se ofrece fiadora de su yerno Gaspar, con ocasión de un contrato de censo. La armonía imperante en la familia, por lo menos a partir de los hechos relatados, no se quebrantará jamás. De Luisa se bautizaron siete hijos, y de Petronila, cinco. El hermano menor, el llamado Pedro González Berruguete, se sabe contrajo igualmente matrimonio, siendo muy joven, con D.^a Isabel Ponce, ya que tendría unos veintidós años cuando se celebró el bautizo de su hija Petronila.

En los talleres de Berruguete no dan abasto; se trabaja febrilmente. De todas partes afluyen encargos. Con Alonso colabora un buen plantel de ayudantes, cuyos nombres omitimos deliberadamente, si bien tampoco podríamos afirmar su autenticidad. Es tanta la comezón, el ajetreo a que el maestro se ve obligado, yendo de un sitio para otro, apalabrando contratos o legitimándolos, que mucho nos tememos que todo ello redunde en perjuicio de la bondad de las obras. Es costumbre, dicho sea en su descargo, que el artista se comprometa a desbistar las figuras y

ultimar las cabezas y las manos. Este es su cometido oficial, por así decirlo, y, naturalmente, la dirección del trabajo en general. Pero a veces, o por delegar demasiado en los auxiliares o por nerviosos apresuramientos, se producen desaciertos lindantes con la «chapucería», como así lo califican algunos detractores suyos cuidadosos de la reposada belleza y de una técnica perfectamente conjugada. No hay duda de que Berruguete reincide en la descomposición arquitectónica y estructural de sus retablos, en la elementalidad del estofado, en la monotonía de los tipos, vistos *in mente*; mas le basta un toque de gubia, un retorcimiento de cuerpo, un éxtasis convulsivo, para caer en la cuenta inmediata de que, por muchos defectos que se le encuentren, estamos en presencia de un escultor genial. Y no sólo esto: de una genialidad epónima, capaz, por tanto, de tirar por la borda, como lo hizo, los estilismos clásicos aprendidos en Italia y las maneras ciclópeas del Renacimiento, allí también operantes.

Los años comprendidos desde 1533 a 1536 tienen ocupado a Berruguete en el servicio del Rey y de su augusta madre, que reside en Tordesillas, y que de seguro, dado su confuso estado mental, no le molestaría gran cosa. Sus oficios, según documentos relacionados con la escribanía del Crimen, son los específicos de pintor. Ya por esas fechas Carlos V ostenta la corona imperial impuesta por el Papa en Bolonia. Pronto va a estallar la tercera guerra entre el Emperador y Francisco I, su inveterado enemigo, que esta vez se aliará con el turco, sin ningún escrúpulo cristiano, a trueque de salir victorioso sobre su primo. A esta conflagración, terminada en 1538 con la tregua de Niza, sucedería otra, la cuarta, que volvería a enfrentarlos, pero ahora con la injerencia aguerrida de Solimán II, el gran devastador. Berruguete encuentra acomodo, de todas formas, para presentarse al concurso público convocado por el cabildo toledano con el fin de labrar la sillería alta del coro de la Catedral. La concesión se hizo a favor de él y de Felipe Bigarny, en competencia con Diego de Silva y Juan Picardo. Como el cabildo le proporciona casa y taller, en Toledo permanece mientras dura la obra, pero con incesantes escapadas a Valladolid y Paredes de Nava, donde su madre sigue viviendo, aunque gravemente enferma. Tan es así, que D.^a Elvira González fallece entre los años 1542 a 1543; es decir, cuando el hijo está a punto de dar cima a la sillería. En dicho año acaece la muerte, ya viejo y agotado, de su compañero Bigarny, y este contratiempo determina que Berruguete tenga que encargarse de la ejecución de la silla arzobispal del mismo coro. Pasados tres años, aún logra un nuevo compromiso con el cabildo sobre unas tribunillas de mármol de Carrara. Hizo proyectos, dibujó varios modelos, pero no llegó a dar comienzo al trabajo, por demoras y pretextos en los pagos. Berruguete, ávezado pleiteante, tendría que dirimir estas diferencias usando una vez más del arbitrio judicial. Otra vez, entretanto, sale de las manos de Berruguete el retablo de la Visitación, del convento de Santa Ursula, que por su factura empalma con las tallas vallisoletanas.

Puesto que todo óbito se contrapesa con la aparición de un nuevo ser, a Berruguete le nace el postrer hijo en Toledo, año 1544, cuando todavía conserva el luto. Tal circunstancia viene a atestiguar que la familia, ante la inminencia del suceso, debió trasladarse a la ciudad del Tajo, siquiera por el tiempo necesario para la feliz disposición del alumbramiento en ciernes. En cambio, durante los años 1538, 1540 y 1541, no parece que la mujer de Berruguete abandone Valladolid, por cuanto que el marido se sabe positivamente que estuvo en su casa en las

fechas citadas; quizá, eso sí, en viajes alternados y de breve estancia. Porque los obradores anejos al domicilio, en los que no habría de faltarle el concurso de Francisco Giralte o de Isidro de Villoldo, o, retrocediendo unos años, el de los entalladores Xácome de Marmiz, Juan de Sani, Cornielis de Holanda y Juan de Cambray, continuaron abiertos en demanda de trabajo. Lo cual reclamaba la forzosa inspección del maestro, así como su intervención personal. En estas condiciones, un poco onerosas en cuanto a los intereses de la clientela, porque habían de aceptar piezas de dudosa garantía berruguetiana, fué realizado el retablo de la iglesia de Santiago de los Caballeros de Cáceres. Veamos lo que ocurrió.

Andaba Berruguete frisando los setenta años, ya al borde del sepulcro, y lo vemos otorgando escritura, el 24 de Noviembre de 1557, ante el escribano Diego Pacheco. Asombra la fortaleza de ánimo del anciano artista, el manantial de energía que debía correr por el cuerpo senecto de aquel incansable titán. Son tres o cuatro años escasos los que restan de vida y él hipoteca el futuro con el mismo gesto emprendedor que lo hiciera en su mocedad. Le sostiene ese milagroso elixir de donde fluye todo el vigor, toda la ardida voluntad de trabajo, y que no es otra cosa, en suma, que el aliento vital emanado del genio, indócil a servidumbres de la carne enferma. Pero esta vez la inexpugnable fortaleza será abatida sin la anticipada alegría del triunfo. Ello es el caso que, al hacerse la tasación, tras de colocar el retablo traído de Valladolid, el procurador de la capilla requirió ejecución contra el hijo mayor y la mujer de Berruguete porque la mayor parte de la obra no era del maestro. Antes y después de la muerte del escultor, los oficiales, por un lado; los repintes de Francisco Rodríguez y las tallas de Cervera, por otro, habían anulado las contadas huellas del glorioso artífice. Si por cosas de menos monta se solían promover animados pleitos, excusado es decir que en esta ocasión, sobradamente justificada, se armó uno y muy largo, pues entre sentencias y apelaciones duró el proceso veintiséis años. El asunto fué zanjado restituyendo los herederos de Berruguete a los patronos de la capilla la cifra de 196.043 maravedíes, lo recibido en demasía, conforme justiprecio pericial.

Ningún reproche le corresponde a Berruguete por el desbarajuste cometido, ya que está comprobado que al dejar él la obra incompleta, la viuda tuvo que buscar uno o varios continuadores que dieran fin al interrumpido retablo. De ahí las misivas al pintor Rodríguez, y el envío de éste al sitio de emplazamiento para que «dorase, estofase y entendiese en lo necesario a dicha obra». Fácilmente se comprenderá, por lo expuesto, que las virtudes realizadoras del susodicho Rodríguez y demás participantes del híbrido arreglo, eran de baja calidad. En resumen, hay cuatro fechas seguras que Berruguete dedica en Valladolid a este infausto retablo: 20 de mayo y 9 de septiembre de 1558, y principios de 1559 y 11 de agosto de la misma anualidad. Dos años en total. En enero del siguiente ya estará en Toledo a vueltas con el sepulcro del cardenal D. Juan de Tavera, comenzado en 1554.

¿Quién es este prelado que encarga a Berruguete un túmulo en mármol, y dónde le conoce? El cardenal Tavera representa en nuestra patria la exquisitez de gusto y la galanura de trato de los cardenales más eminentes del Renacimiento. Por si fuera poco, convergen en él insignes prendas de hombre de gobierno. Todos sus cargos son relevantes; todas sus empresas, dignas de un mecenas liberal que no escatima medios, si ello atrae provecho y grandeza. El cardenal Tavera, regidor de la Catedral de Toledo, Presidente del Consejo y Gobernador del Reino, reside en

Valladolid en razón a sus altas ocupaciones civiles. De Berruguete no sólo tiene las mejores referencias, como es de rigor, sino que le cuenta entre sus más apreciados amigos. No hay que forzar mucho los resortes cordiales para interceder en beneficio del escultor de adopción vallisoletana, porque el solo hecho de ligarlo a una obra de la que se sea promotor, más honra traerá que perjuicios. Así lo entiende el cardenal, y así se lo replantea el canónigo D. Diego López de Ayala, por si todavía abrigara alguna inseguridad en la decisión a tomar. Desempeña don Diego, entre otras atenciones, el cargo de canónigo obrero de la Catedral, oficio que viene asumiendo desde 1518, y que no abandonará sino por los achaques de la vejez. Con este brillante valedor, erudito, literato y camarada leal de poetas y artistas, y con el apoyo inestimable del cardenal Tavera, Berruguete consigue compartir con Bigarny los trabajos del nuevo coro alto, justamente el que corresponde al lado de la Epístola. En su pliego de proposiciones, sencillo y tajante, se ofrece a «hacer las dichas sillas por cuarenta mil mrs. cada una que sean muy bien acabadas». Firmó la escritura ante el escribano de la Catedral, Juan de Mudarra, comprometiéndose a efectuar la obra en tres años, y cobrando por cada silla ciento cincuenta ducados.

En treinta y seis paneles, las escenas culminantes y de sabor épico del Antiguo Testamento, los Profetas sombríos y apocalípticos, viven su gesta sublime. Desde Adán hasta San Pedro, la galería antropomórfica se retuerce con tan frenético ímpetu, que parece como si fuera a saltar del recuadro que la adhiere. Juzgada esta sillería, en conjunto, no hay otra, a todo lo largo del Renacimiento, que pueda equiparársela. Esta obra representa el esfuerzo de un hombre no sólo nimbado por el genio, sino arrebatado por un cósmico soplo de inspiración, en ininterrumpido trance y sin fatiga. Aquí Berruguete traspasa los confines naturales de la creación artística; boga por regiones adonde acaso suele llegar, de tarde en tarde, tras siglos de estéril trasiego, algún señalado mortal.

De tantos afanes y preocupaciones, de tanto ir y venir por los polvorientos o enfangados caminos de la península, según la estación del año que corra, sólo se siente aliviado por entero cuando regresa a «sus casas de Valladolid». Durante las jornadas estivales, y con alguna escapada que otra, el maestro acostumbra a llevarse la familia a Villatoquite, señorío que estuvo disfrutándolo temporalmente casi tres lustros, en virtud de un préstamo de cuatro mil ducados. A pesar de la garantía exigida, que Berruguete formaliza a tiempo, la operación es al cabo desechada. La inevitable contrariedad que este percance causa al artista, por tratarse de un proyecto mantenido con gran calor, no es óbice para que, pasados tres años—en 1559—, renueve sus sueños señoriales, pero con fortalecido empuje y mayor solvencia. No es Berruguete hombre fatalista que acate los infortunios sin intentar atajarlos o ponerles remedio. Es admirable el ardor con que se sobrepone a todo género de dificultades, cómo persigue tenaz la prosecución de aquellas ideas que desde el lejano pretérito fructificarán su pensamiento. Así, por ejemplo, la idea de dominio, de señorío, va anexionada a su ser como la sombra al cuerpo. Su vida activa es una constante aspiración a la riqueza y al poderío; pero entiéndase bien: lo que le mueve no es la desafortada ambición que se complace en incrementar más y más bienes, por la ávida manía de poseerlos y de gozarlos codiciosamente; por el contrario, Berruguete siempre fué generoso con los suyos, y dió cuanto humanamente se puede dar. Si ama la riqueza y el poder, que de ella

se desprende, es porque entonces, en su tiempo, ambos atributos adornan y se emparejan con el máximo disfrute de las consideraciones sociales. Se valora y estima al hombre, más que por sus intrínsecos saberes, por el rango jerárquico y por todo lo que deviene, a la postre, en actos ornados de fastuoso relumbrón. Sin que menosprecie la cultura y el talento, la sociedad española, menos dúctil que la italiana, reserva para el intelectual graduaciones inferiores a las que adjudica a la nobleza, a los altos dignatarios de la Iglesia y al rico hacendado. Ni siquiera los preceptos de «Il Cortigiano», tan dilectos a Carlos V, orean las costumbres, de suyo herméticas.

Sea como fuere, mediante escritura otorgada el 4 de abril de 1559, Berruguete compra a Su Majestad Felipe II el señorío de Ventosa de la Cuesta, «por el precio de 1.920.000 maravedís, a razón de 16.000 por cada uno de los 120 vecinos de que se componía el dicho lugar, a lo que había que añadir el valor de las alcabalas». Señor de vasallos, con jurisdicción por juro de heredad y perpetuamente, Alonso decide consolidar el apellido González Berruguete, que antes llevaba otro Alonso, tío carnal. La escritura fué autorizada por la princesa regente, Doña Juana de Portugal, en 8 de mayo de 1559. Berruguete tomó posesión de su señorío semanas más tarde. Se ha dicho por Palomino que el insigne escultor había formado mayorazgo con el título de conde. La noticia resulta documentalmente insostenible.

Hace tiempo que el cardenal Tavera, su preclaro amigo, ha muerto. El que fué propulsor de la sillería catedralicia, no ha podido solazar la mirada contemplando, como último efecto, la maravillosa silla arzobispal; tampoco le ha sido dable sobrecogerse, al ver terminado su propio sarcófago y al advertir, estupefacto, su propia figura cadavérica tendida cuan largo era. En la estatuaría de sepulcros episcopales pocas veces un bulto yacente ha causado una impresión realista tan afín a la misma lividez mortal, tan próxima a la absoluta aniquilación orgánica. Grande debió ser la aflicción de Berruguete al perder a su ilustre favorecedor. El triste suceso acaeció en Valladolid el sábado primero de agosto de 1545. Fué trasladado el féretro a la capilla principal de la Iglesia Mayor, y el martes sacaron de Valladolid al ilustre purpurado para llevarlo a Toledo.

Pero la danza de la muerte gira veloz y ahora le toca sucumbir a otro amigo inapreciable, a D. Diego López de Ayala, el clérigo traductor del *Filocolo*, de Boccaccio, y de la *Arcadia*, de Sannazaro. Con el fino erudito perece también el protector bondadoso, suave e irónico, cuya mayor satisfacción se cifra en servir a los demás; él logró persuadir al secretario Cobos sobre la conveniencia de que Berruguete interviniera en los trabajos decorativos de la capilla del Salvador de Ubeda. Este espíritu de excepción falleció en 1560, con la dulce agonía del varón rendido, más que por dolencia, por su longeva edad.

Por fuerza estos últimos años de su vida tienen que infligirle hondas amarguras. Es todo su mundo, el que alboreó en su infancia y luego creció majestuoso, a compás de su propia vida, lo que se está derrumbando, lo que salta hecho pedazos. Y su tristeza aumenta porque presiente que con la muerte de sus allegados y de quienes oyó hablar, aunque no llegase a tratarlos ni a conocerlos personalmente, lo que muere, en realidad, es el vigor, entonces inexhausto, que movilizaba a todo el país hacia las empresas más quiméricas. Ahora la grandeza de España parece debilitada por alguna enfermedad todavía latente, pero que puede romper

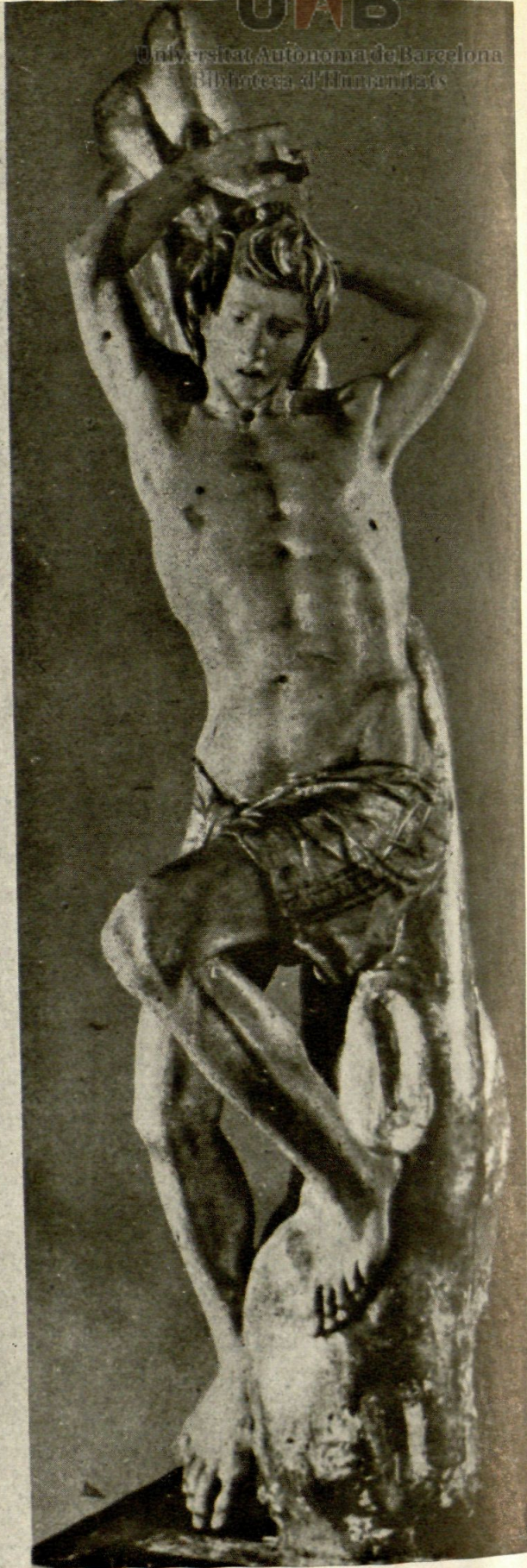
de un momento a otro, incontenible, ahogando el formidable impulso que la raza había derramado dentro y fuera de la península para sostener, como diría el Emperador Carlos, su honor y su poder.

Ha muerto igualmente el Rey que le proclamó cortesano. A Berruguete los recuerdos se le agolpan en la mente; le punzan el corazón, como si los estuviera viviendo de nuevo. De aquel soberano, hecho a todas las fatigas y a todos los triunfos que pueden recaer en una persona, las bellas evocaciones son incontables. Sabe Berruguete que le ha cabido la honrosa distinción de ser escultor, pintor y arquitecto del príncipe más universal que ha tenido España. Y es posible que, trayendo al hilo del pensamiento alguna anécdota memorable oída por él en la Corte, se acuerde de cómo recibió el Emperador la noticia victoriosa de la batalla de Pavía, la gran batalla del siglo XVI; cómo el enviado del Virrey de Nápoles tuvo que repetir al Monarca, una y otra vez, que el Rey de Francia había sido hecho prisionero, el Ejército enemigo diezmado y los Jefes más famosos caídos en el campo de batalla; y cómo Carlos insistía para sus adentros, como si recitara una salmodia: «El Rey de Francia prisionero mío, la batalla ganada por mí.» Y después, ya recobra su habitual medida, cómo se retiró a su habitación, se prosternó ante una imagen de la Virgen y se entregó a una larga oración de gracias.

Sí, es tristemente cierto que el Rey Carlos, el infatigable campeón de la Cristiandad, ha descansado, al fin, de la tortura de la gota, y de ese dolor indefinido, sin localización física pero mucho más acerbo, nacido del ajeteo con gentes llenas de rudeza, violencia y malignidad. Aunque Berruguete nunca pudo asistir al Emperador en sus prolongados periplos por las tierras por donde la herejía anida —cierta vez estuvo a punto de acompañarlo, mas una fiebre repentina le obligó a guardar cama en La Coruña, horas antes de que la escuadra levantara anclas—, se lo ha imaginado frecuentemente, durante la histórica Confesión en la Dieta de Augsburgo, escuchando las controversias teológicas entre los católicos y luteranos. De las inclinaciones morales de Carlos V, uno de los reformadores, el más templado, el melifluo Melancthon, ha dicho que «su vida privada es un modelo de continencia, templanza y moderación». Y Berruguete, que desconoce, como es natural, el criterio del destacado heresiarca, arguye a su vez en silencio, con sobrados motivos, que nunca volverá a poner la planta en el mundo un caballero tan llano de carácter, tan sencillo en el decir y tan munificente. Y puesto que en 1556 se halla Berruguete atareado en el famoso sepulcro, y ya sabemos que, al menos en las primeras etapas, esto no le impide acercarse a Valladolid con periódica regularidad, puede darse por seguro que, al regresar el Emperador a España, trataría de verle y hasta de saludarle. El interés se acrecienta porque el ex cortesano está informado, pues ya es de dominio público, que el regio personaje viene decidido a retirarse a Yuste, junto al Monasterio de los Padres Jerónimos. Pero no es fácil el acceso a Carlos. Hasta entrar en Valladolid, su maltrecho cuerpo ha tenido que soportar seis jornadas agotadoras por tierras burgalesas y de Campos, bajo temperaturas frías y arrecidos vientos. El César se encuentra fatigado y más achacoso que de costumbre; lo único que desea con todo el alma es descansar, aliviarse de la inmensa fatiga que lo abruma. En las tres semanas que estuvo alojado en el palacio de Ruy Gómez de Silva, son contadas las visitas que recibe; se distrae narrando a su nieto Carlos las batallas en las que intervino personalmente, las victoriosas y las adversas. Pero consiga o no saludarle, Berruguete nunca podrá



ALONSO BERRUGUETE.—*Epifanía*. Fragmento.



ALONSO BERRUGUETE.—*Esculturas del retablo de San Benito.* (Museo de Valladolid.)

olvidar el alborozado recibimiento que le hizo la capital de España—la villa que entonces ostentaba la capitalidad—, en aquella tarde del 21 de octubre, dorada por el sol del otoño, cuando se adentró con su comitiva por las calles del recorrido, en tanto que las campanas tañían clamorosas como contrafondo musical. Aquella tarde Berruguete retuvo quizá la última imagen del Emperador, la vívida imagen de un hombre macilento, extenuado, de pelo canoso y voz débil; un hombre prematuramente envejecido, al que, sin temor a equivocación, podrían augurársele contados años de vida.

Tiene el mármol, recién tallado, el frío y suave pulimento de una tersa flor bañada de rocío. Las manos del maestro, nervudas y de abultadas venas—las recias manos de un artesano—, han dado feliz remate al monumento funerario del cardenal Tavera. «Era muy puntual en todas las obras que tomaba y gran trabajador»—dirá uno de sus discípulos, expresando su condolida admiración por el maestro septuagenario ya desaparecido. Larga y pacienzuda ha sido la lucha sostenida con los bloques marmóreos traídos de las canteras de Carrara; no menos largo y dificultoso el acopio de materiales y la percepción de haberes. Porque los primeros pagos hechos a Berruguete y a Hernán González, maestro de las obras del hospital, se remontan al 17 de enero de 1551. Así reza el libramiento, que asciende a 10.000 maravedís: «por su costa y trabajo y tiempo que gastaron y se ocuparon en trazar un modelo de yeso para la capilla que se ha de hacer en el dicho hospital». La contrata en firme no se efectúa hasta el 20 de agosto de 1554. En esta fecha Berruguete cobra una considerable cantidad, a cuenta de los 3.000 ducados en que ha sido ajustada la obra del sepulcro. Hay después diversos envíos de mármol y distintos abonos provisionales a medida que van avanzando los trabajos. Por fin, el 6 de agosto de 1561, Berruguete confirma la terminación del mausoleo, solicita su reconocimiento por los peritos que designen—Francisco Comontes y Nicolás de Vergara habrían de serlo—, y, previo cotejo con el sepulcro de Cisneros en Alcalá de Henares, tomado como modelo, los expertos emiten un informe reconociendo que éste de Berruguete aventaja al otro «con gran mejoría y bondad y arte», si bien convendría intercalar en él algún adorno en el molduraje y hacer algunas pequeñas operaciones de limpieza y ajuste. El documento pericial está signado el 13 de septiembre, cuando el escultor vive aún; al ratificarlo después de un año, ya Berruguete había dejado de existir.

Las dos fechas capitales en la historia escatológica de un hombre—las que incumben al nacer y al morir—permanecen en la ignorancia al referirnos a Berruguete. Hemos, pues, de contentarnos con la única indicación veraz al alcance de nuestro actual conocimiento: que Berruguete murió entre los días 13 y 26 de septiembre de 1561. Esta afirmación se basa en el hecho, archisabido y glosado, de que el 13 se le hizo entrega de dinero a cuenta del sepulcro de Tavera, y el 26 existe un poder otorgado por la viuda y el primogénito, a favor del citado maestro de cantería, para que cobre algunas cantidades todavía adeudadas a Berruguete, al que ya se le menciona expresamente como fallecido.

El doctor Pedro Salazar de Mendoza escribe, a comienzos del siglo XVII, una permenorizada *Crónica del cardenal Tavera*. Al referirse a la muerte del prelado, así como a la colocación de sus restos y del túmulo erigido, advierte que lo «acabó de labrar el año de mil quinientos sesenta y uno, Alonso Berruguete, Señor de la Ventosa, insigne escultor y pintor. Fué la postrera cosa que acabó, y luego murió

en el Hospital, en un aposento que cae debajo del Relox, el dicho año de sesenta y uno». Estas sentenciosas palabras, redactadas en un estilo funeral muy propio para ilustrar un epitafio, son las únicas casi coetáneas que describen el lugar y el año del tránsito. ¡Admirable documento! Parece como si un hado maléfico se complaciera en borrar del haz de la tierra todo testimonio relacionado con nuestro primer imaginero. Nos duele no poder acompañarlo idealmente en los últimos instantes, al arrimo de sus deudos queridos, a la hora transida en que se reza a los moribundos las recomendaciones del alma. Nos duele tener que renunciar a su agonía relatada, para vivir así un poco su dolor, haciéndolo nuestro, incorporándolo a nuestra más pura emoción, y nos duele aún más que no haya nada que nos hable de sus disposiciones finales, de sus nostalgias deliradas, de cómo se fueron apagando sus marchitos ojos, mientras, acaso, le ascendía a la boca exangüe el bello y antiguo nombre de Valladolid, la villa que le prohibió amorosamente durante cerca de cuarenta años.

Fué enterrado en el templo parroquial de Santa María de la Asunción, de Ventosa de la Cuesta, el lugar de su jurisdicción y señorío. Allá D.^a Juana de Pereda marchó a buscar retiro, en compañía de su hijo Alonso, para mitigar, llorando, sus tribulaciones de viuda. Y no se sabe si, a fin de cuentas, llegóse a construir la «casa fuerte», con honores de fortaleza, después de concedida la autorización por real cédula. Como quiera que fuese, madre e hijo siguieron alternando la residencia de la Ventosa con la casa-palacio de Valladolid.

Hace siglos que ha sido raída del pavimento de la iglesia de Santa María, a causa de repetidas obras, la inscripción que debió de existir indicando el sitio donde reposaban los restos de Berruguete, el señor del lugar. Nuestra acidia nacional, tan proclive a la destrucción de archivos y a la indiferencia por la suerte de restos mortales ilustres—como muy bien destaca Laín Entralgo—, ha venido a liquidar la ya espectral consistencia del genial escultor, del que ni siquiera conservamos, para nuestro mínimo consuelo, un leve apunte iconográfico.

Manuel Benedito

Por JULIAN MORET

UN acontecimiento fundamental, para la vida artística española contemporánea, se ha desarrollado, en los últimos días del mes de junio próximo pasado en Madrid. La Exposición del Ilustre Académico, de la Real de Bellas Artes de San Fernando, y no menos Ilustre ex-profesor de la Escuela Central, don Manuel Benedito. El acto inaugural motivó al propio tiempo, la presentación de los nuevos salones de exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, con gran aplauso para los Sres. Gallego Burín y Chueca. En efecto, aquellas salas, vetustas y un tanto desapacibles, se han convertido con su loable presentación en adecuado exponente de tan apreciado tesoro. Los muros de carga de la sala principal, se han dejado al descubierto, con su fría, pero severa traza; tapizando su centro, con un matiz apropiado para los fondos de las obras expuestas.

Trascendental ha sido, como digo, el acontecimiento, no sólo como muestra, en parte, de aquel Impresionismo, injertado por el genial Don Joaquín Sorolla, sino también, como fruto sazónada de una labor fecunda, de más de sesenta años de producción.

Benedito, valenciano, nació en 1875. A los veintidós años, casi un adolescente, presentaba en la Exposición Nacional de 1897 su primera obra: "El aseo después del trabajo". En este certamen oficial, se dieron características dignas de mención. Se expusieron muchas obras de carácter histórico ya en decadencia, con títulos tremebundos.

Desierta la Medalla de Honor, para la que Sorolla alcanzó tan solo seis votos con su cuadro "Trata de blancas" y Querol cuatro. Se dieron dos primeras Medallas: a Gessa, por un bodegón, una cesta con frutas y flores en primer término; y a un retrato, calificado por Emilio Sala, como "maravilloso", de Ignacio Pinazo, reproduciendo la figura del acreditado comerciante José María Mellado. Por cierto, dice el concienzudo y culto escritor, Bernardino de Pantorba, este industrial que por negarse a entregar la obra al Estado, para otorgar el premio a Pinazo, se vió el autor en la necesidad de repetir el citado retrato.

Los hermanos Alvarez Quintero dieron a conocer dos óleos. Ignacio Zuloaga fue la última vez que expuso al público aquellas muestras tan evidentes de su claro talento. La crítica fue representada por Rodrigo Soriano.

En el último tercio del siglo XIX, ocurrieron dos hechos de carácter artístico y político social, que influyeron poderosamente en la ruta gloriosa del arte español. El uno, fué la modernización de la música, llevando al pentágrama toda una verdadera creación, Ricardo Wagner. Un artista, Rogelio de Egusquiza, de Santander,

nos dió con su obra magna la figura del sabio alemán y aquellas otras imágenes del drama del autor de "Parsifal". Y el otro hecho fué el convulsivo acto de la desviación del socialismo moderado, por la acritud individual; del ataque vengativo, contra los Jefes del Estado.

El anarquismo ocasionó víctimas: M. Carnot, Presidente de la República francesa y en España, Don Antonio Cánovas del Castillo, en la última década del siglo XIX y ya en nuestro siglo XX, tuvo atentados, sin mortalidad y con ella, a diferentes personalidades que regían la vida, tanto nacional como internacional. Todo ello crea temas plásticos de imposición casi obligatoria, uno de ellos fué el ejercicio para optar a las oposiciones a las Becas para Roma. La familia de un anarquista se despide del que momentos después va a ser fusilado, por la condena del fuero militar. La escena es trágica, al recoger con los pinceles aquellas víctimas inmoladas por las ideas disolventes de toda una acción de política funesta.

Tres jóvenes: Benedito, Chicharro y Sotomayor, se presentan en 1899 y ganan las oposiciones, y allá van, a la Ciudad Eterna, con el ánimo de sus primeros años, en plena juventud, con un corazón ardiente y una fuerza primaria convertida hoy en el más perfecto conocimiento, por haber llegado a la cumbre del saber los tres becarios; de los cuales, sólo Chicharro, desgraciadamente, ha desaparecido.

En 1904 regresan, con todo un bagaje de experiencias acrisoladas. Benedito presenta en la Exposición Nacional el "Canto VII del Infierno del Dante", con lo que consigue primera medalla, composición más literaria que histórica y también el "Dante y Virgilio". En el infierno, los avaros y los pródigos luchan titánicamente con bolas de oro, y unos por más y otros por menos pierden el Paraíso.

Chicharro, nos dá a conocer el poema lírico: "Jerusalén libertada" por el amor de Armida y Reinaldo, premiado igualmente con primera medalla.

Y Sotomayor, no alcanza más que una segunda, con "Orfeo perseguido por las Vacantes", un trabajo más realista que mitológico. Estos tres artistas habían aprendido en Italia un naturalismo que los separaba del melodrama tan en boga en aquel instante. Benedito acusa vigor y fuerza estética asombrosa con los indicados cuadros que, divididos en fragmentos, se expusieron en la Exposición y se guardan hoy en los Museos de Madrid y Chile.

Sorolla nos crea, en aquel exponente, con los retratos de Beruete y Franzen. La crítica, la llevan nada menos, que Ramiro Maeztu, Navarro Ledesma y Alcantara y la Medalla de Honor sigue sin otorgarse.

En 1906 Benedito se presenta de nuevo alcanzando otra primera medalla, con "Madre" belleza bretona con un robusto infante en sus brazos y Sotomayor, también primera, con "Los abuelos", campesinos de técnica de aguda realidad.

La medalla de honor se otorgó a Querol.

Benedito abandona sus composiciones históricas y Mitológicas en 1901. De esta fecha es el interesante cuadro "La infancia de Baco" en donde el rey de la vendimia se nos presenta en el suelo cubierto con una piel y rodeado por jóvenes desnudas. En primer término el mosto maduro, y en el último un paisaje encantador con huellas sorollescas y un poco el entronque de aquella afinidad nacida del compañerismo, con Chicharro. El lienzo que es propiedad del Ministerio de Asuntos Exteriores, se pudo analizar en la Exposición como acabado estudio de luz y color. Benedito pasea por Europa, principalmente Bretaña y Holanda; de esta última obtiene con iniciativas verdaderamente de genio, todas aquellas gamas de amor,

poesía y lirismo, con la indumentaria clásica femenina, los rostros encendidos de la raza; el mar tranquilo; la orilla sosegada y las tierras tan románticas, como el humanismo de sus notas externas. En la Exposición ha podido verse, en óleos y acuarelas, todo un conjunto valiosísimo de un instante estético del autor que puede afirmarse que es la solidez de su personalidad indiscutible.

Benedito se entrega entonces, con gran maestría, a ese arte tan español que se llama el retrato, porque en nuestro país los artistas han conseguido honores merecidos con la figura o con la composición, que es un conjunto de retratos, "Las Meninas" "Santa Isabel de Hungría" y "La Familia de Carlos IV" atestiguan esta verdad que se completa con esas figuras de Velázquez con toda la descendencia austríaca. De Murillo con la nobleza del siglo XVII; y de Goya, que nos aporta, a más del valor iconográfico de los Borbones, aquellas siluetas doctorales de los siglos XVIII y XIX.

Ante Benedito han posado las Ciencias, las Letras, la aristocracia, los militares, presididos por la Real Familia, también en una totalidad perfecta, no sólo en cuanto a su realismo, sino también en cuanto a su espíritu, afianzado con ritmo del dibujo, un color atrayente, una elegancia nostálgica y una entonación que puede calificarse de sugestiva prestancia. Así vemos a Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel de Borbón, en un recuerdo de Madrid verbenero, de corrida de toros y fiestas populares. Genoveva Vix es un escorzo a lo Madame de Recamier, en donde el brillo de sus ojos, armonizan con sus lujosas joyas, engarzadas en sus primorosos dedos, y con aquel cuerpo que danzaba eróticamente sosteniendo en bandeja de plata, la cabeza de San Juan, como protagonista de "Salomé", en el Regio Coliseo. El rojo caliente de la indumentaria de Conchita Piquer, que recuerda viejos matices del Museo del Prado. La juventud de las señoritas de Carcer, en negro y amarillo, con la clásica mantilla goyesca. La aristocrática figura de la Duquesa de Dúrcal. Toda la gracia gitana de Agustina. Cleo de Merode, aprovechando la tela del lienzo para el fondo de la obra, en una silueta de un Madrid Galdosiano. La cinegética estampa del nieto de Maraón. Todo espíritu, en Weyler o en Livinio Stuyk. Aquel General don Carlos Iñigo, con su blanca capa de embozos rojos y bicornio, añoranzas de las ceremonias palatinas. Un retrato muy moderno en amarillo, de colores muy fundidos de la Señora de Lladó. Aquel guardia del Vaticano que vela el sueño eterno de su Santidad León XIII. Y por último, entre otros muchos delicadísimos, ese retrato de Sorolla, el viejo enfermo que ya no mira con aquella visualidad con la que recogió toda la fecunda naturaleza de España.

Está realizado en el año de morir Sorolla; es el adiós del discípulo a su querido maestro, aquél que, como decía un documentado profesor: "atemperó su pensamiento a su raza y al espíritu del tiempo".

En esta Exposición se colgaron desde las primicias, a aquellos cartones para tapices de tramas legendarias, como los que lucen en los muros de los palacios del Patrimonio de la Corona. En ellos hay verdad, naturalismo, vida y muerte en los galgos y en la caza mayor. Como también regionalismo, en aquella abulense que con su sombrero de paja y clásica vestimenta, vive en las estribaciones de la Sierra de Gredos.

Su jurado ha sido la masa popular, el público que, en general enjuicia con gran certeza. A este efecto, decía Don Jacinto Benavente, que el público está integrado por dos elementos beneficiosos para su juicio. El más profano lo hace por instinto,

que como don divino es perfecto. La clase media con su cultura, emite también su juicio preciso. Ahora bien, hay dos opiniones, que son la de profesionales y la de los críticos, que ya no es tan benévola. Los segundos, tienen a más de la cultura de la clase media, estudios especiales sobre la materia, pero se deslizan por el partidismo. Y los profesionales, afirmaba el insigne dramaturgo, con la aguda sonrisa que ponía cuando pronunciaba frases consagradas por él, o por otros: "mala cuña, la de la misma madera" (1).

La silueta espiritual de la vida de Benedito puede resumirse, como reflejo de ésta tan importante Exposición; por su edad, premios, trabajos, honores, viajes, certámenes, influencias y características personales, no sólo en sus obras, sino también en su temperamento, que constituye todo un florilegio plástico español.

Catálogo.

Como prólogo, puede consignarse el Catálogo de D. Enrique Lafuente Ferrari que nos encauza los trabajos y califica al autor de "rica paleta, vocación por el natural, sobrio, magistral de técnica, flexible y poderoso como retratista, por lo que ha conquistado el puesto de gran pintor". Tan acertadas definiciones van matizadas por aquellas frases ya históricas: "¡Qué hermoso es siempre un pintor que sabe lo que hace"! Bella entrada, la de Lafuente Ferrari, en este monumento cate-dralicio que es toda la Exposición.

Benedito, prematuro.

Ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, de Valencia, a los trece años. La primera obra la realiza a los diecisiete con "Horno de Benicalap". Fué discípulo de Sorolla desde los diecinueve e ilustrador de Prensa, a los veintidós, en el "Blanco y Negro".

Benedito, condecorado.

Obtiene en diferentes edades de su vida, dieciséis Medallas y dos Diplomas de honor. Dos terceras: una en Madrid por la indicada obra "El aseo después del trabajo", y otra en París por el "Canto VII del Infierno del Dante" ya premiada. Dos de segunda clase en Alemania por el citado tema del Infierno y otra en Barcelona con "La alegría de la Casa".

Cuatro primeras: dos en Madrid con su composición tenebrosa del Infierno y "Madre". Otra en Alemania por "El Sermón" y la última en la Internacional de Barcelona, por un conjunto de obras.

Una de plata, por dibujos en la revista *Apunte* de Madrid.

Siete de oro: por dibujos en *La Revista Moderna* de Madrid; en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza, con su "Dante y Virgilio", en la Exposición regional de Valencia por una totalidad de obras; y las otras cuatro en Valencia, en la Exposición Nacional, con un retrato de señora: en la Internacional de la Argentina, de Buenos Aires, por la figura de la Señora de Salinas; en Bruselas con "Viejos Ho-

(1) La Exposición fue inaugurada el 18 de junio y se realizó su clausura el 13 de julio. Siendo visitada por 30.000 personas.

landeses"; y la concedida por el Ayuntamiento de Valencia, al otorgarle la de oro de la Ciudad.

Dos diplomas de honor en Valencia por un conjunto y por la "Familia bretona".

Triunfos.

En 1899 gana las oposiciones a Roma permaneciendo en Italia trabajando con gran lucidez, hasta 1904. Envía como resultado de sus laboriosos estudios, "La Infancia de Baco", ya analizada, y en 1902 "El incendio del Borgo", de gran maestría de dibujo; participando en Barcelona, en 1910, en la Exposición de Retratos y Dibujos Antiguos y Modernos, con gran éxito.

Cargos y honores.

De 1918 a 1944 recibe y ocupa los siguientes: Asesor artístico de la Real Fábrica de Tapices de Madrid; Caballero de la Legión de Honor; Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando en 1923, cuya recepción pública tuvo lugar al año, desarrollando el tema "El porvenir de la Real Fábrica de Tapices y Alfombras de Madrid". Profesor de Colorido y Composición en la Escuela de San Fernando, en sustitución de Sorolla. Miembro de la Hispanic Society de Nueva York; Hijo predilecto de Valencia. Vocal de la Academia de Bellas Artes de Lisboa; Presidente del Patronato del Museo de Sorolla y Caballero y Gran Cruz de Alfonso el Sabio.

Viajes.

Realiza excursiones por Italia, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania.

Certámenes.

Expone diez veces desde 1907 a 1949. Cinco en Madrid: Sala Amaré; "Blanco y Negro", en su estudio, inaugurado por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, en la Exposición Nacional "Sala M. Benedito" y en el Casino de esta Capital; dos en Valencia, una en Zaragoza y dos en Barcelona.

Influencias.

Dos fuerzas ejercieron poderosamente en el ánimo de este Maestro, a más de las lecciones recibidas de Sorolla. Una de ellas fue de carácter internacional, amplia y decisiva; la otra, de menor amplitud, circunstancial y metódica. La primera lo constituye el "Impresionismo" que arranca de compaginar lo clásico con lo sentimental. En una escala que alcanza desde las formas rígidas a la realidad y al naturalismo. Desde Prud'hon, en orden a la idea, hasta Picasso y Juan Gris. El uno, es el prolegómeno; los otros, la estilización de lo anterior en línea geométrica. Así vemos: Poesía en Watteau; Personalismo en Pissarro, Renoir o Manet; Literatura en Puvis de Chavannes, la luz de Carriéri; Masas de color de Cézanne, que son al propio tiempo filosofía y humanismo de Gauguin y Van-Gogh y un término que ya es abstracto.

Los puntales de este gran arco estético, que llevan consigo naturaleza y figura en España lo son Sorolla y Benedito. Con anterioridad la escuela valenciana: Pinazo, Domingo, Sala y Muñoz Degrain; al unísono, en Granada, López Mezquita. Más independientes, en orden regional, Chicharro y Sotomayor.

La realidad y la imaginación pueden considerarse gérmenes del impresionismo español y así nuestros artistas se apartan del barroco universal, el rococó francés y el neoclasicismo romano, para fijar su mente, en la herencia de "Goya, que fué el padre, y Velázquez el abuelo". Herencia nacida en los mármoles griegos y desarrollada su juventud y madurez entre el último siglo del siglo XIX y comienzos del XX.

El Neo-clasicismo.

Los idealistas nacen un poco contra viento y marea del naturalismo. Europa sobre todo su centro, cotiza esta modalidad, casi en la adolescencia de Benedito: "Expresiones de estado de alma; productos de temperamentos delicados; deseos de alcanzar un nivel artístico que consideran superior al puramente realista."

Así Rossetti, Morris, Moreau, Fantin-Latour y Rops fueron los mejores intérpretes de esta nueva inclinación anímica.

Como hemos visto, a Benedito le impone el argumento un Tribunal de oposiciones dominado por las circunstancias sociales del momento.

Cualidades temperamentales.

Como Sorolla, se atemperó al espíritu de su tiempo y de su raza, pero antes quiso desentrañar el de otros lugares, tomando tipos con los que hace nacer su más genuina personalidad, que le lleva, con la fuerza innata de sus cualidades, a otros móviles que no borrarán nunca ese período tan suyo, apto para toda noble inspiración. Cuando Ramiro de Maeztu lo calificaba de "Miguelangelesco, con solidez de trazos y forma, capaz de fuertes ambiciones", no hizo otra cosa que anunciar su prestigio.

Benedito, con su período retratista, pudo conseguir: aquellos desnudos con la gracia femenina, dentro de límites primaverales; ambiente de localidad, como espejo de un lugar; severidad y elegancia señorial. Todo presidido por aquel autorretrato en donde se acentúa más que nunca, el valor de captar lo que tiene presente, sin intransigencias mundanas.

Cuando abandona esta tendencia, el color levantino le lleva a la jugosa paleta del bodegón. En composiciones, alterna el fruto y la flor, el escorzo y el dinamismo, los términos lejanos y el primer plano; con eco de añoranzas y recuerdos de antaño, en perspectivas del momento. Su técnica es varia: temple y óleo, óleo sólo, acuarela, aguarrasela, dibujo con carbón y pastel.

Fue toda una exposición de enseñanza y tradicionalismo de un artista que está en el más alto plano del convencimiento.

¡Benedito tradicionalismo que nos da a conocer tanta riqueza!

El tradicionalismo es, como dijo Eugenio D'Ors, "el contenido de la Vida, y lo que no es tradicionalismo es plagio".



BENEDITO.—*La familia del anarquista el día de la ejecución. Oposición para la pensión a Roma.*



BENEDITO.—*Venecia.*



BENEDITO.—*Viejos holandeses.*

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

ARTE ESPAÑOL



L A M I N A I I I



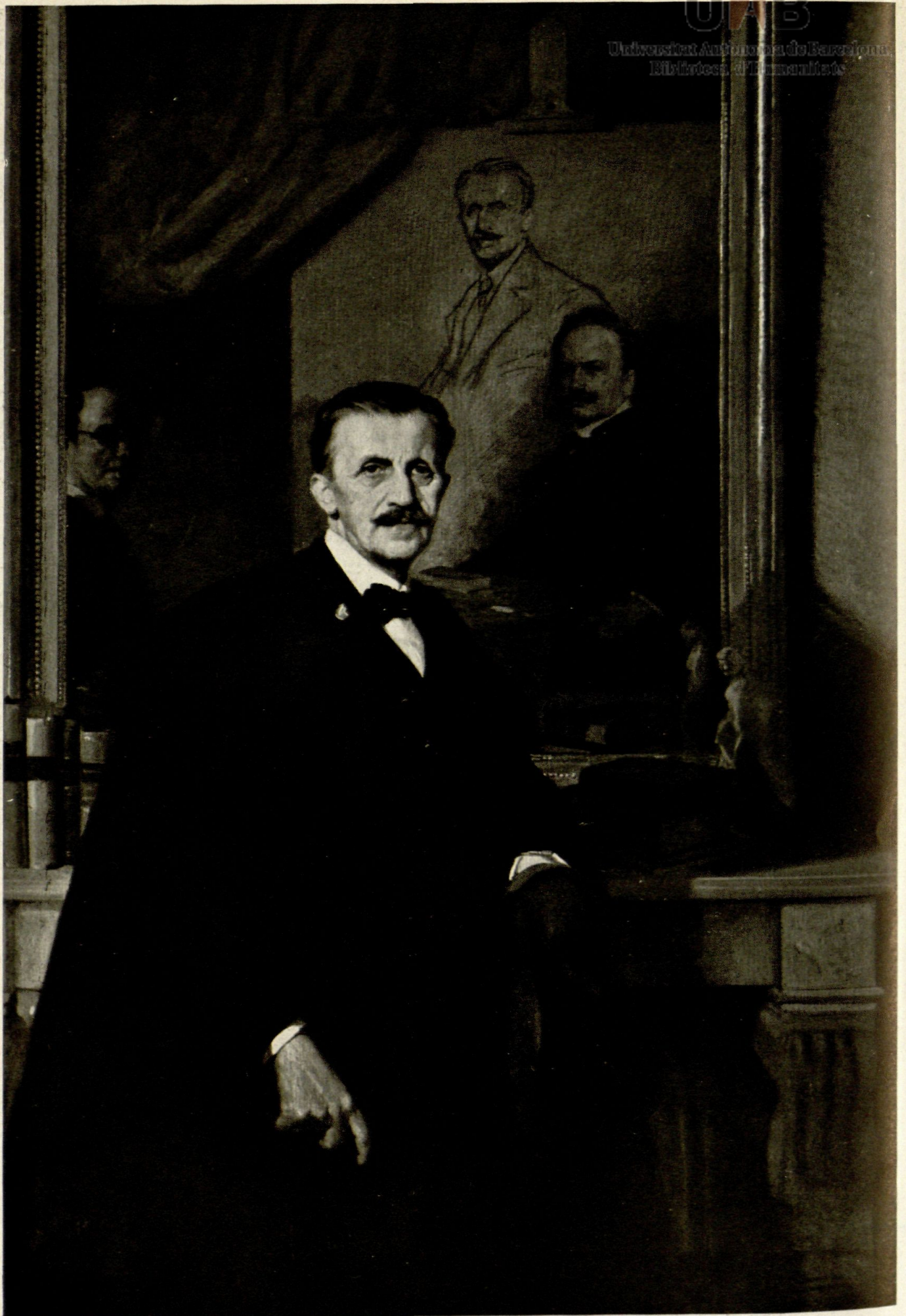
BENEDITO.—*Conchita Piquer*. Retrato.

UAB

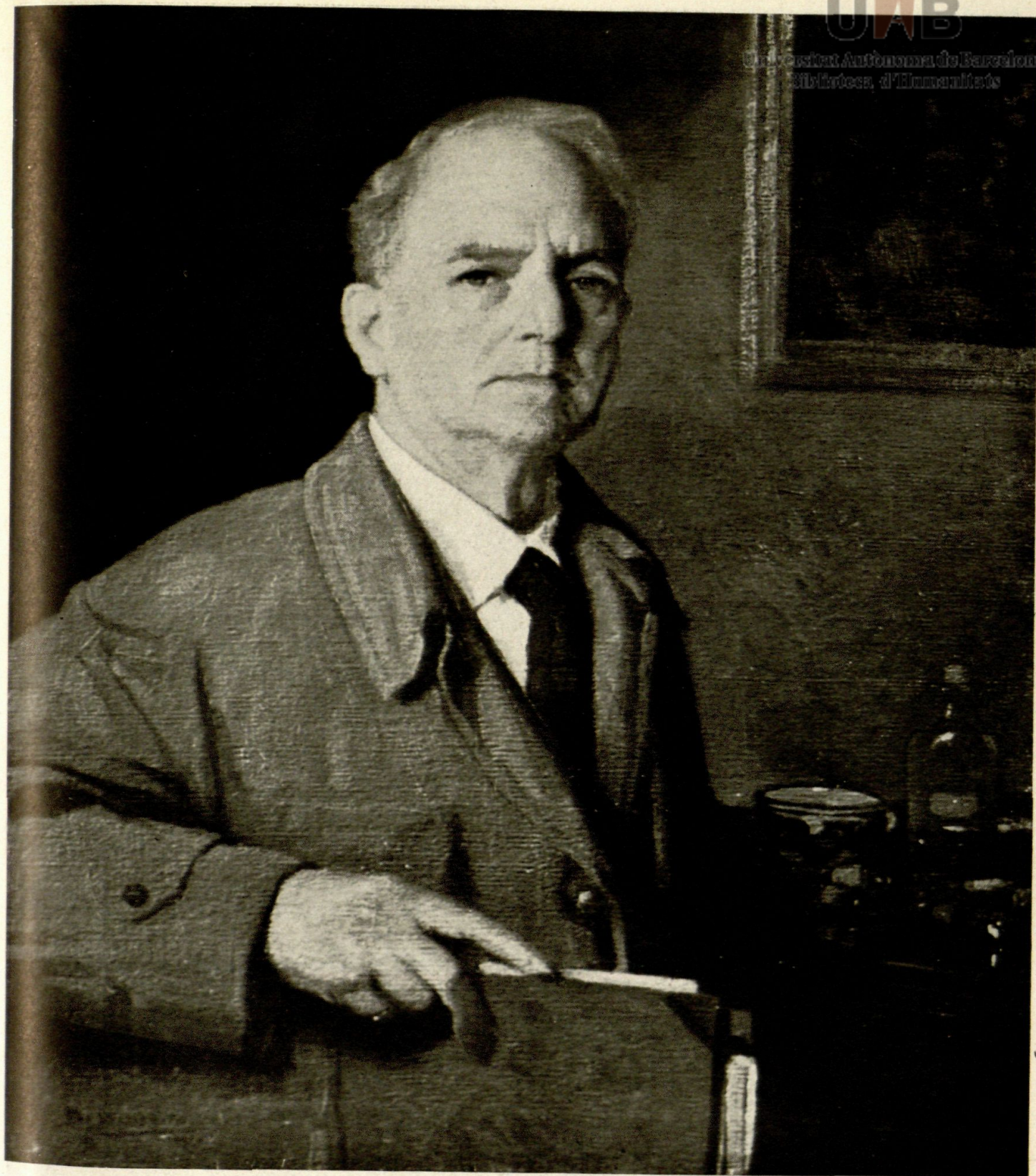
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats



BENEDITO.—Trofeo de Caza.



BENEDITO.—*Los hermanos Alvarez Quintero.*



BENEDITO.—*Autorretrato.*

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Institut d'Estudis Clàssics



BENEDITO.—*Cleo de Mérode.*

Los diarios de viajes de José María Rodríguez-Acosta

(Continuación)

16 FEBRERO 1934.

Por la mañana, a las seis, algo rasca con prisa a mi derecha, en la pared o en las ventanas. Fuera: concierto de pájaros con acompañamiento de grajos. Voy a vestirme para ver Madrás. A las nueve y media salimos en automóviles para la visita de la mañana y se pasa por el Gobierno, el Fuerte San Jorge y la iglesia de Santa María y el Arsenal con el Museo, cosas que no tienen ningún interés extraordinario. En el Gobierno es bonito el centinela de la puerta a caballo. El Fuerte, nada de particular, ni el arsenal, ni la iglesia, que no vale nada y que dicen es la primera de la India, de iglesia inglesa. En cambio vamos viendo Madrás, que es de un interés extraordinario. Me ha hecho una impresión intensísima e inolvidable. Es otra vez un parque extensísimo para estar todo el día recorriéndolo y en él están los magníficos edificios oficiales del Gobierno, los hospitales. Aduanas magníficas. Edificios monumentales como el Memorial Hall, la Escuela de Arte, el Museo, oficinas de F. C. y otras muchas cosas: iglesias, hipódromo, clubs, catedral católica. El antiguo palacio de los Nabás y su parque, etc. Muchos magníficos edificios de una gran ciudad en avenidas de parque. Un gran paseo sobre el mar, que se llama Marina, precioso y magnífico, con edificios magníficos, y que tendrá más de tres kilómetros. Los clubs de *sports* y aparte están los barrios indígenas. Por todos los parques, por todos los puentes, algunos magníficos y grandiosos, andan las gentes del país usándolos, pero siguiendo siendo ellos mismos y viviendo su vida. Carros tirados y empujados a la vez por hombres negros desnudos con un paño blanco entre las piernas y los pies desnudos en el asfalto, que debe de estar hirviendo con este calor. Carros pequeños tirados por zebúes, que tienen pintados en el testuz los mismos signos religiosos que los hombres. Los zebúes (casi todos) tienen los cuernos pintados; un cuerno rojo y el otro verde, o los dos rojos o los dos verdes o azules. Otros con puntas metálicas en los cuernos, con un remate adornado, sencillo y pequeño. Vimos la chapa de mármol blanco en la parte de albañilería de una verja y tocando al suelo indicando el sitio donde cayó un proyectil del *Emdem* el 22 de septiembre de 1914. Está cerca del mar y creo que es un edificio oficial. Hemos ido por los barrios indígenas, por una calle de la gente indígena con casitas pequeñas muy simpáticas, en calles estrechas sin agobio de gente. De pronto surge como un patio descubierto a la izquierda, y un poco reme-

tido en la línea de casitas se ve un pequeño templo delicioso, pero ahora ya es un templo hindú verdadero. Un poco más adelante, otro con unos viejos en el pórtico. Yo no sé lo que siento de alegría, de emoción; me parece que tiemblo todo yo. Es una verdadera delicia contemplarlos. Hay allí una calle de gente acomodada con casitas como de juguete, bajas, pequeñas, muy simpáticas; con imaginación y rebusca en la arquitectura sencilla. Terracitas bajas, altas, cenadores, columnitas; son atractivas para vivir en ellas; unas son blancas, otras rosas, otras celestes o amarillas. La calle se quiebra y hace como una plazoleta pequeña hacia la izquierda y nos encontramos ante el pórtico de un templo alto de piedra (indú de verdad), que ya dejaba ver su parte alta desde lo hondo de la calle. Miro para arriba todas las esculturas que tanto conozco de mirar fotografías; están todos los dioses y están pintados de colores. El pórtico, con sus pilares tallados y esculpidos, es otra maravilla. Ha producido en mí tal encanto y sugestión, que siento como si temiera que aquellos mismos indios lo fueran a estropear (¡qué bien están allí los indios!) y quisiera que se fueran y pusieran guardias para que lo conservaran como están ahora mismo, que me parece el *summum* de lo maravilloso. Ando por aquel pórtico revuelto con los indígenas y estoy emocionado hasta lo más hondo. Tenemos que ir a ver otras cosas y nos vamos. Llevo una impresión enorme. Madrás tiene un gran puerto, que hemos visto. Antes de abrir el canal de Suez era el más importante de la India.

Vamos por el magnífico paseo Marina, y a la izquierda, cerca del mar, está el acuario, pequeño, muy modesto de edificio y de instalación, pero de un extraordinario interés por los peces que hay en él y que parecen increíbles.

Por la tarde, después de almorzar, salimos por Mount Road al otro lado, a la derecha, y buscamos la carretera, que está interesantísima de público; no descansa uno un momento de mirar con interés. Como desde Agra he visto que no tengo bastantes *films paks*, me abstengo, con gran sentimiento, de hacer muchas fotografías preciosas. Hago alguna. Entramos en un puente, que debe de ser sobre el Adyar porque está lejos y es grande, y el que circula por Madrás, que es el Cooum, es pequeño. Otra vez me quedo asombrado. Está el río cuajado de gente lavando y bañándose, y tanta gente y tantos colores son una maravilla. Se bañan vestidos y vemos a las mujeres con sus ropas puestas agachadas para que les llegara el agua al cuello. Se están así quietas tiempo y tiempo y desde lo hondo, metidas en el agua hasta el cuello, nos miraban en lo alto del puente observarlas y fotografiarlas. Allí se quedaban agachadas y de vez en cuando nos miraban viéndose sorprendidas por extranjeros y nos miraban con mirada de vaca, como todos estos indígenas. Esto ha sido otra impresión extraordinaria. Nos llevan a Monte Santo Tomás, el Gran Monte con una portada blanca de albañilería adornada, abajo cerca de la carretera, y subimos muchas escaleras y mesetas, lo que es un martirio con el calor que hace. Hay arriba un convento de monjas franciscanas vestidas de blanco y con casco colonial. Es orfelinato de niñas indias. Es menester ser idiotas, siendo Madrás la maravilla que es, traerlo a uno aquí. Vimos la iglesia con unas pinturas y esculturas más, mucho más bárbaras, de lo que hacía falta para predicar allí el catolicismo. En el altar mayor, en un arco que coge el frente, hay una inscripción en portugués: "Senhora da Expectação." Sólo sirve haber llegado aquí con tanta fatiga por el calor el ver desde alto lo extenso que es Madrás y lo verde del parque y lo repartido y lejano de los grupos de edificaciones.

Pero es indignante que nos hagan perder aquí tiempo habiendo en la ciudad lo que hay. Volvemos a la carretera que sigue tan interesante y al cabo de un rato, al pasar por la entrada de un jardín, leo "Blavatzsky Gardens". Pregunto si vamos a entrar y me dicen que sí. Entramos por otra puerta a unos grandes jardines y pregunto al guía por qué tienen los jardines ese nombre, y me contesta que es que allí vivió y murió la Blavatzsky, y que después de muerta la llevaron a América. Ninguno de mis compañeros de viaje tiene la menor noticia de la Blavatzsky y yo se la explico, pero no le dan ninguna importancia (1).

Hay unos grandes jardines y varias puertas indias de piedra decorando un ejemplar grande de *figus indica*, un edificio bueno moderno y grande que nos dicen es un convento budista. En el cenador se ve una señora europea con sombrero. Un poco más allá, aparte y con la espalda sobre el río Adyar, está la casa de la Blavatzsky, grande, de planta baja y un poco encima con terrazas con balaustradas, con galerías abajo y arriba, con miradorcitos todo de albañilería enlucido, de verdadero mal gusto. Por fuera color rosa, almagre los fondos y blancos unos pilares simples y delgados, y en el frente de entrada, unas cabezas de elefante de frente en bajo relieve y con los colmillos cortados. El fondo igual, rosa almagre, y los relieves de cabezas de elefantes blancos. Mal gusto. Las ventanas, pintadas de verde oscuro. Por dentro, amplio *hall* y todo pintado de color amarillo ocre claro y blanco. Hay un retrato al óleo de la Blavatzky hasta las rodillas y sentada, más pequeño que el natural y malo. Corre una repisilla por debajo del marco a todo lo largo, en la que hay dejada una pequeña flor roja, fresca. Hay una doble estatua blanca de tamaño natural con un respetable señor indio de pie y la Blavatzky sentada. Es malísima. Desde la espalda de esta casa y allá abajo, al otro lado del río, hay un magnífico palacio de piedra parda clara con varios cuerpos entrantes y salientes, muy grande, y que desde donde lo vemos parece de muy buen gusto. Nos dice el guía que ese palacio es del hombre más rico de la India, que lo ha hecho hace poco. Hemos visto bastante de las viviendas de los europeos por el parque que es Madrás y son muy buenas, y los edificios oficiales magníficos.

Al entrar ya por el centro y por la ciudad indígena nos quedamos asombrados viendo ya al oscurecer el primer estanque sagrado, lleno de agua y en uso. La indignación que me produce el tiempo perdido en el convento católico no es cualquier cosa. Ya no hay tiempo de estar aquí todo lo que quisiera. No hay luz para instantáneas y ver esto me hace pensar que debe de haber mucho más que ver. El estanque es enorme, como una gran plaza, con un altar en el centro y otros decorados en los bordes. Los adornos de los bordes, que tienen cuerpos altos, están muy encalados. Al fondo se ve que a todo lo largo del estanque hay una calle que es una meseta, y al otro lado de esta calle o meseta está una pagoda preciosa con varios pórticos decorados de esculturas y adornos, y todo lleno de indígenas. Es maravilloso. Estamos en el lado opuesto a la pagoda, nos quedamos un rato y seguimos hacia la izquierda, mirando a la pagoda, y en la esquina del estanque volvemos a la derecha para seguir el lado del estanque y ver la meseta, la pagoda y

(1) HAHN BLAVATSKY, Elena Petrona. Creadora de un sistema teosófico. Muerta en 1891. En Nueva York estableció en 1875 la primera sociedad de Teosofía. En 1878 se trasladó a la India, fundando sucursales. En 188 abrió en Nueva York la Escuela Esotérica de Teosofía, participando eficazmente en la organización de la Asamblea de Sociedades Teosóficas americanas, convocada en 1888 en Chicago. Sus doctrinas se extendieron por casi todo el mundo, e influyeron de manera particular entre los artistas del Modernismo, y ello explica el interés que Rodríguez-Acosta manifiesta en este pasaje de su diario.

la gente más cerca y ver desde ese lado las torres. ¡Qué cosa tan interesante y bella! Seguimos en el auto y a muy poco salimos a Beach Road, que en la misma dirección que la Marina está separado de ella por un puente sobre el río Cooum. Este Beach Road es un magnífico paseo asfaltado junto al mar para coches y que tendrá lo menos 20 metros de ancho por lo menos y un kilómetro y medio de largo. Luego, hacia el lado del mar, todo lo largo del paseo. Hay una acera de unos cinco metros. Luego un jardín un poco inclinado hacia la playa, y luego la playa, con muy poca inclinación, tendría cuando la vi 50 metros de ancha y estaba toda llena de gente y la acera llena de gente andando, pero de gente del país: acomodados que van a respirar un poco a esa hora después del día de fuego. Se había puesto el sol, no por el lado del mar, sino por el opuesto, y la luz que quedaba bañaba todo aquello de una luz maravillosa. El cielo, tan delicado y el mar azul oscuro; la playa y el jardín oscuros y la gente con los trajes celeste, amarillo, rosa, etc., de las mujeres y el color de la carne morena y, sobre todo, las ropas blancas con esa luz era un prodigio de color y de gracia. Yo estaba tan entusiasmado que debí de llamar la atención a mis compañeros de automóvil.

Desembarca este paseo en una gran plaza con grandes avenidas y grandes edificios modernos. Es magnífico.

El enorme parque que es la ciudad tiene amplísimas avenidas asfaltadas y otras de tierra roja y polvo. Buenos edificios. El barrio indígena es el más interesante que he visto nunca con un abigarramiento enorme y las casas de colores y todo pequeñito, con un bullicio increíble y una maravilla de color. Muchos hombres de gran belleza y muy pocas mujeres de gran belleza y todos con mirada de vaca y un calor que no se puede vivir. Carritos tirados por un zebú con las ruedas verdes y la caja rosa y otras partes amarillas. El zebú con los cuernos pintados y con adornos metálicos en la punta y un hombre negro hierático sentado con las piernas cruzadas en el carro y con mirada de vaca guiando al zebú. El hombre desnudo, con un trapo rosa fuerte o azul o rojo. De pronto, una pagoda que allí dentro y con aquel público es deliciosa y de una armonía completa.

Ya de noche pienso ir desde el hotel a comprar unas campanas de latón o bronce que he visto y son muy raras y suenan muy bien. Me dicen que son para los elefantes sagrados (1). Salgo con el Sr. White. Llegamos al barrio indígena, que ya de noche e iluminado es aún más interesante, si cabe, que de día. El automóvil no puede avanzar entre tanta gente. Las calles estrechas y tantísimo bazar pequeño iluminado y con la gente dentro. Al pasar hemos visto los templos iluminados y gente allí dentro y fuera. Templos pequeñitos y negros por dentro, a pesar de la cantidad de lucecitas que tienen y son como estrellas en una noche. Hasta que he llegado a Madrás no he estado lo que la gente llama como encantado. Me siento una cosa nerviosa por todo el cuerpo. Dejamos el auto y entramos en varias tiendas llenas, rellenas de cosas y abigarradas hasta no poder. La calle, como un río de gente. En las tiendas nos atienden muy bien y se extrañan de vernos. Creo que no he visto allí ningún europeo esta noche, y si no es raro, al menos no será corriente. En una tienda entramos a una trastienda que es almacén y se dan vueltas para entrar y hay allí tres o cuatro hombres sentados en el suelo trabajando en clasificar un número enorme de cacharros de latón distintos. No encuentro las

(1) Estas campanas, que adquiriría Rodríguez-Acosta, se conservan en la curiosa e interesante colección que se custodia en su carmen de Granada, actual Fundación Rodríguez-Acosta.

campanas y vamos hacia el hotel, porque allí, cerca del hotel, en Mount Road, sé donde hay dos que son las que al fin compro en una tienda de cosas persas, donde tienen cosas preciosas. Al volver para el hotel le digo al *chauffeur* en el barrio indígena que pase despacio por si pasáramos frente a algún templo. En efecto, pasamos por uno muy pequeño y en lugar de pasar despacio se para. La puerta, que es pequeña, deja ver el interior, que está iluminado con muchas lucecitas y es muy negro, sin embargo. Fuera de la puerta, a un lado de ella, a la izquierda del templo, hay un hombre tocando un tambor, y al otro lado, a la derecha del templo, otros hombres tocando en una especie de gaitas. En el fondo del templo, en aquello oscuro con pintitas luminosas, se vislumbran ídolos. Un hombre negro desnudo, con un paño entre las piernas, sale del interior, y en un pasillo, entre la segunda entrada del templo y los músicos, se para con una bandeja en la mano izquierda y con la derecha da unas cosas a los fieles; cosas que coge de la bandeja. Se le cae una cosa encendida al suelo, se agacha y la recoge. Yo siento apuro de estar allí mismo con aquel descaro mirando y estorbando a la gente, y contra mi deseo, le digo al *chauffeur* que siga al hotel, y como se pasa por la tienda de cosas persas, paro y compro las campanas.

A las nueve y media salimos de Madrás por la estación Egmore, que es una gran estación en la que entran por una gran calle los automóviles hasta el fondo, de manera que se paran delante del tren que va uno a tomar. Llevo de Madrás una impresión que ni medio parecida he tenido jamás en ningún viaje. Hasta ahora no he sentido una emoción semejante, y todo lo que se dice y todo lo que he leído sobre este país me parece nada habiéndolo visto. Hay que verlo.

Algún europeo que vive y trabaja aquí nos dice que los indios se dejan conquistar fácilmente, pero que no se dejan dominar nunca, por su constante espíritu de contradicción y su inercia. Además no tienen nunca una iniciativa. Según estos europeos, era menester ordenar las cosas a latigazos. Nos dice el señor belga que está aquí que los ingleses abusan de ellos enormemente, aunque ellos no necesitan nada para vivir, y que a los mozos del hotel, que es el mejor de aquí, les pagan cuatro rupias al mes, o sean unas doce pesetas.

17 FEBRERO 1934, SÁBADO.

Llegamos a Tanjore a las ocho y veinte de la mañana. Me he levantado un poco antes y veo tierras muy rojas ya cerca de Tanjore. La carretera es muy roja y un pequeño río verde claro, lechoso, de efecto muy extraño con el marco de rojo oscuro de la tierra.

Tanjore está en la cabeza del Delta del río Canvery. Después de tomar el desayuno en la estación, tomamos los autos y nos dirigimos a Little Fort, donde está el gran templo. Atravesamos calles de pueblo oriental, pobre, sin bazares. La gente pobre, haciendo su vida y sus compras, y los más sentados en los cenadores o las tarimas de las casas. Nos enseñan su enorme estanque del que antes se surtía el pueblo; tiene el agua color de tierra, pero nos dice nuestro guía que aquellos indígenas que hay allí mismo dicen que parece que no, pero que está transparente y limpia, y para probárnoslo baja uno con un vaso bastantes escaleras que hay para llegar al agua y sube con el vaso lleno. Efectivamente, está turbia, que no

se podría leer un impreso de letras como ésta (1) o mayores al través. Sin embargo, el indígena cree que nos ha demostrado su afirmación de que parece turbia, pero que no lo está, y el guía dice con razón: «Está limpia y transparente para ellos y no lo está para nosotros.» Seguimos hacia el Gran Templo. Todo el terreno es rojo o rosa fuerte y los árboles muy verdes.

Entramos al Gran Templo por un gran *gopuran*, que es una enorme puerta de piedra con esculturas de los dioses, etc., etc., y es magnífico. Se sigue una ancha calle recta, en la que hay otro magnífico *gopuran* más pequeño y luego se entra en un gran patio, en el que veo el famoso y conocidísimo altar o *valipidam*, en el que está, bajo una especie de dosel o tejado, el enorme toro o Nandi y que desde la entrada veo de espaldas a mí. Detrás de este altar y de frente hay la magnífica pagoda, a la que se sube por unas escaleras. En el fondo, cenadores cubiertos. El espectáculo es maravilloso. Me parece imposible que aquello sea realidad y además que lo esté yo viendo, que sea una de tantas cosas que se pueden conseguir. He hecho fotografías. Me acerco y subo a ver el toro, que es de granito negro de 12 pies de alto por 16 de largo, y hecho de un solo bloque y está negro y brillante de grasa. El techo del templete que cubre al toro está pintarrajeado de colores fuertes. Vamos a andar por el templo, mejor dicho, por los patios, porque no se puede entrar dentro de la pagoda, que es una cosa paravillosa, y muchos dicen que es el más hermoso templo dravídico. Esta pagoda es de piedra roja y tiene manchas de color verdoso, óxido de cobre, en los sitios donde más le caería el agua de lluvia. Las esculturas son espléndidas. Detrás de este templo y además a su izquierda hay un cenador corrido cubierto con capillitas, en cada una de las cuales hay un *luigan* negro de distintos tamaños. Habrá unos cien y se ve que tienen culto porque tienen grasa y algún papelito de color. Este cenador con las capillitas está un poco en alto, un metro aproximadamente, y tanto este zócalo como los del templo están pintados de rayas verticales almagra y una y otra blanca de unos 12 centímetros de ancho, y que no respetan ni la piedra tallada ni esculpida. (También he visto esto en los estanques sagrados fuera de aquí.) Allí mismo nos esperan unos vendedores de objetos pequeños de cobre y plata cinceladas, del peor gusto, y que ponen en los salientes de piedra del zócalo de la pagoda para que los veamos. Al lado izquierdo de la pagoda hay sobre el suelo, subiendo quizá dos metros y adosado a la pagoda, un pequeño estanque de piedra y de un canalón también de piedra sale agua de dentro de la pagoda alguna vez. No me acuerdo qué historia milagrosa cuentan, y la beben los creyentes. Entre las esculturas de este lado de la pagoda en lo alto me enseñaron la de un europeo, que tampoco sé por qué razón la esculpieron. Salgo con una gran impresión otra vez. Los chiquillos se arriman a pedir diciendo *saer, saer*, que es *sir, sir*, con una voz que apenas se les oye. Llegamos a una calle preciosa muy típica, todo de color de polvo, con bastante gente con carros, con vacas echadas junto a las casas. Hago una fotografía. Hace un calor asfixiante, y al bajar del automóvil para hacer una fotografía o mirar algo el sol, se siente como si le arrimaran a uno fuego. La gente nos mira sin animadversión. Bajamos de los autos para ver a un lado de la calle cuatro de los carros de las procesiones, que están sin ruedas. Son una mole de madera tallada de ídolos y adornos que deben pesar enormemente, y bajo los cuales se arrojaban los más fieles

(1) Naturalmente, se refiere al tamaño de su propia escritura, que era de dimensión normal tendiendo más bien a ser pequeña.

para que los aplastara. La madera está calcinada y llena de polvo por todas partes. En un carro pequeño viene una mujer, o un hombre, pintarrajeada la cara y con los trapos más estrafalarios puestos, y es el anuncio de un espectáculo. Nos acercamos y le hacen una fotografía. No se molesta y se presta a ello y ayudan sonrientes las gentes de la calle. Subimos en los automóviles y seguimos, y ya en el final de la calle oímos música de tambores y gaitas, y con los músicos viene mucha gente. Los tambores están muy bien hechos (fig. E 1). Detrás de los músicos y entre la gente vienen unas muchachillas de doce a quince años, con trajes y mantos muy nuevos y muy brillantes, de color escarlata, violeta, púrpura y bordados de oro. Esto, el color de las muchachas y los brillantes en las aletas de la nariz y las orejas, con toda la fuerza del sol y los destellos de los brillantes, es precioso. Nos dicen que es una boda. Salimos por las afueras y a ver la iglesia de Shivartz, que si para mí no tenía interés, nos hizo ver el paisaje y las gentes en sus pobres chozas, el campo rojo y los árboles verdes y el polvo rojo y aquel calor y aquel sol tremendo. Chozas con gente y chiquillos, a los que fotografiarnos, y dos guardias urbanos indígenas con uniformes flamantes, que parecen tener envidia de que fotografiemos a los otros y no a ellos, hasta que al fin lo indican y acaban por pedir que los fotografiemos. El Sr. White los retrata y es preciosísimo cómo se cuadran los dos juntos, lo más tiesos y lo más serios posibles. En cuanto hace la instantánea el Sr. White, alargan la mano pidiendo el retrato y el Sr. White les dice que se lo mandará, para lo cual un indígena que sabe escribir—creo que fué el chófer—les toma el nombre y las señas, que guarda el Sr. White. Vamos al Big Fort, donde está el palacio del Rajá, que es de albañilería todo. Es enorme, basto, feísimo. Agobia y entristece una fealdad tan enorme. En la planta baja, por unos patios y pasillos, nos llevan a la biblioteca, en la que hay muchos libros antiguos escritos en palma. Hay unos traductores y vemos los libros y las hojas, que son pedazos de palma de color amarillento, de tres y medio o cuatro centímetros por unos quince centímetros, con una letra negra hecha primorosamente y cada libro es un bloque de hojas atada. Vemos lo que escriben los traductores, que también escriben muy bien, con otros signos tan bonitos como los antiguos, pero para nosotros igual de extraños. Salimos. En este pueblo también hay guardias para la circulación, aunque hay tan poca. Va mucha gente con un paraguas para protegerse contra el sol y todo el mundo lleva en la frente pintados signos religiosos. Dan idea de estar enloquecidos por el fanatismo. No se ve un europeo, y aunque sólo estamos los dieciséis de la expedición, estamos bien seguros, porque entre los diversos castigos que tiene el Código penal para ellos es de lo más grave cualquier acto que atente contra un europeo. Muchos hombres llevan el pelo atado atrás. Pasamos por un río o brazo de río que por donde íbamos formaba pendiente como una playa, y en el contrario tenía bloques de piedra pendientes, como canalizado, donde nos asomamos y había pendiente de tierra, como un pequeño ensanche, y estaba lleno de gente bañándose, como siempre, con toda la ropa puesta. Siempre hace esto un efecto extraño. Esta vez había un señor con pelo gris, bigote grande y barba cortada en punta también grises y metido en el agua hasta el cuello entre aquella gente. Parecía un señor senador. El hombre, que estaba casi de espaldas a nosotros, nos miraba azorado y de reojo a cada momento y parecía como violentado de verse sorprendido. Había mujeres vestidas y agachadas con el agua al cuello y otros lavando una vaca, como si lavaran una mesa sucia. El señor Sena-

dor se salió hasta por las rodillas del agua, se fué hacia la derecha y de espaldas a nosotros se quitó el trapo de la entrepierna, se tapó por delante con otro, lavó el que tenía puesto antes y se lo volvió a poner, y con ese solo trapo mojado estaba vestido para irse a donde tuviera o quisiera ir. ¡La mirada de vaca de esta gente! Parecen todos enloquecidos por la religión con tantos signos tan ostensibles. Qué cosa tan distante uno de ellos a uno de nosotros. Vamos a una tienda de sedas y tisús que son aquí famosos. El dueño es un hombre gordo no negro, pero muy oscuro, con pendientes de brillantes, y vemos telas de tisús preciosas. A la una y cuarenta y cinco nos vamos de Tanjore. Llegamos a Trichnopoly a las tres y cuarenta.

Desde Tanjore yo he estado en mi butaca frente a la ventanilla. Estamos en llanos de tierra roja. Hay palmeras. De pronto, tierra parda y no palmeras. En seguida otra vez tierra roja y palmeras y muchos cactus como palmitos, pero con la hoja carnosa. Los cactus, cuando hay tierra roja y palmeras. A pesar del enorme calor, la gente en el campo no se toma el trabajo de ponerse a la sombra. A veces tiene uno que recordar que no están posando estas gentes, ni han hecho una casita para que se haga una fotografía, sino que están viviendo su dura vida. Cuando todo esto se ve en la casa de uno en una fotografía, que es una cosa aislada y recortada, tiene una sugestión y un misterio extraño; pero cuando la cosa aislada y recortada lo es uno mismo, se ve todo esto tan natural, tan claro, tan normal...

De pronto sucede una cosa tan simple y natural que nada choca: Un muchacho andando desnudo con su paño entre las piernas y por una vereda pendiente hacia un riachuelo; detrás un enrejado de caña para dividir una propiedad y a su lado un pie de palmera. De pronto, digo, lo veía como una fotografía en su álbum y aparecía todo el misterio, toda la sugestión. Y esto en lo más sencillo, que luego hay otras cosas. Por el campo veo algún templillo con los adornos de este arte y se ve el idolillo. Luego un elefante de piedra. Bosques de palmeras. De pronto, un gran templo en lo alto de una roca, circundado por una muralla que lo tapa todo menos las partes más altas de la pagoda. La muralla no está abajo de la roca, sino por la mitad o más bajo de su altura. La roca es redondeada y parda oscura. Veo ríos rojos como la tierra y búfalos dentro asomando sólo la cara y una tira del lomo, en el que casi siempre hay un pajarraco como un cuervo. Los zebús están al lado, pero fuera del agua. Los trenes que cruzamos en toda la India y los trenes de las estaciones están abarrotados de indígenas.

(En el Gran Templo de Tanjore me han enseñado un sitio donde se hacen sacrificios—*Yajuasala*—, y que no tiene nada de extraordinario; sólo el color del mismo para indicar que es lugar de sacrificios. Hay caracteres en Tanul por dentro del segundo *gopuran*. El estilo de este templo nos dicen que surgió bajo los Reyes Chola de Tanjore, en el siglo XI de J. C. Los *gopuranes* de este templo, como los otros del Sur de la India, no son del estilo original del templo ni formaron parte del templo original, sino que fueron añadidos mucho después por el Rey Krishnaraya.)

Llegamos a Trichnopoly a las tres y cuarenta. Su verdadero nombre es Tirusirapolli (Ciudad del demonio de las tres cabezas). Se llega a una magnífica estación-hotel de piedra y moderna. Detrás hay una gran explanada con jardines y avenidas a los lados, con balaustradas modernas de piedra y unos magníficos edificios para oficinas y empleados de F. C. Debe ser un punto muy importante de

enlaces de líneas, y todo esto, estación, hotel encima, donde comimos, y parque, está acabado de hacer. Grandes pasillos, terraza cubierta en el hotel, gran comedor y un pabellón con habitaciones, donde hay un letrero que dice «*Natives*». Tomamos los automóviles y vamos primero a ver el templo de Sri Rangan. Aparte de la estación y anejos, no he visto grandes edificios oficiales ni particulares, pero sí una gran cantidad de calles de lo más oriental y una enormidad de gente y un calor tremendo.

En cuanto salimos de las calles a la carretera se ve en el llano, desde muy lejos, la roca en que está el Rack Temple. Es de un efecto sorprendente y maravilloso (me tengo que acordar de que este tan repetido enorme, maravilloso, delicioso, etc., no lo escribo a la ligera y sin darle importancia, sino que, en efecto, cada vez que lo escribo es porque me produjo ese efecto, y que aún encuentro las palabras débiles, quizá por lo que se abusa de ellas, pero yo me sentía como temblando constantemente ante estas cosas, de la emoción que me producían. Llegaban a producirme efecto físico, del que me daba cuenta). Esta roca, con el templo, me produjo un efecto y una emoción inolvidable, como otras muchas anteriores. Esta roca, sin formas angulosas, tiene de alto 273 pies y está sola en toda la llanura. Pasamos cerca, y a unos tres o cuatro kilómetros de carretera llegamos al pueblo Sri Rangan, donde está el templo de Raghunathaswami, llamado Templo de Sri Rangam. El pueblo es de calles estrechas y de enorme aglomeración.

Para entrar al templo hay muchas puertas de piedra, poco importantes y aisladas, una detrás de otra y con unos cuantos metros de distancia. Casi son pilares aislados unidos por arriba con piedra también, y lo mismo se puede pasar por ellas que por los lados. Mal suelo, polvoriento y calor, mucho calor. Luego hay una gran puerta de mucho fondo y adornada por dentro con adornos y pilastras. Se entra a un patio lleno de bazares, donde al salir compro una reproducción en colores, montada en madera, de una estampa religiosa. En este patio vemos el primer elefante que hemos visto en la India. Es pequeñito y parece que está afecto al templo. Seguimos adelante por dentro del templo, que es enorme, verdaderamente enorme; es un pueblo con la multitud andando por las calles de dentro del pueblo. Después de andar un rato vuelven las tiendas formando calles y hay pabellones y plazas y patios y escaleras. Es un pueblo dentro del templo amurallado. Amurallado que consiste en siete rectángulos de amurallados. Por entre la gente y por aquellas calles llegamos al pabellón de las mil columnas. No tiene las mil, sino más de 940 y en un patio descubierto, continuación del pabellón de las mil columnas, a cuyo lado opuesto están los famosos pilares con caballos y jinetes esculpidos y a la derecha de los cuales hay un soberbio *gopuram*. En esa parte descubierta están poniendo palos muy altos para que, sumados con las columnas, haya mil, que tiene que haber para la fiesta (fig. F 1).

Subimos a la enorme terraza que cubre la sala de las mil columnas, y por la distancia y el número de puertas y *gopurames* que se ven entre murallas y entre árboles, se aprecia bien la enormidad del templo. Conté dieciséis torres monumentales y *gopurames*, algunas muy lejos. Las torres y *gopurames* son altísimas y cuajadas de ídolos. No se puede imaginar si no se ha visto. Bajamos y entramos en el pabellón de las mil columnas o pilares, debajo de la anterior terraza. Las columnas están muy separadas y forman calles y son bastante sencillas y no gruesas. Hacia el interior cada vez está más oscuro y en medio está el Sancta Santo-

rum, que sólo podemos ver por fuera y es muy interesante. La luz allí dentro es maravillosa, con el techo encima. Hay unos niños jugando. Por allí en el suelo y arrimados a las filas de pilares, están los adornos preparados para el día de la fiesta y la procesión y son de papeles de colores ordinarios y dorados y plateados, y otros adornos, pintados también, bastos y groseros. Todo armado con cañas. Los *gopurames* son interesantísimos y he podido hacer alguna fotografía. Parece que este templo es el más grande de toda la India. Las figuras de los *gopurames* están pintadas de colores. Salimos del templo, tomamos los autos y empezamos a andar por la primera calle en aquel barullo de gente, temiendo coger a alguien con el automóvil, y de pronto se oye música de tambores y gaitas, y la calle que se tapona. Nos obliga esto a pararnos y pasa por nuestra derecha una especie de procesión. Unos hombres fuertes, casi desnudos, casi negros, llevan unas andas pequeñas, pero robustísimas, de plata. Sobre las andas, sobre una especie de almohadones de seda color violeta y con gran profusión de adornos, va un idolillo de plata pequeño. Pasan sin hacer el menor caso y siguen dejándonos una extraordinaria impresión. Seguimos un poco por aquellas calles con todos los hombres y mujeres con signos religiosos en la cara y otros en el pecho y cortes de pelo y peinado extrañísimos de significación religiosa. Esta gente ha de estar loca, fanatizada. Las casas son muy pequeñas y apretujadas y hay mucho polvo y mucho calor. Al salir del pueblo nos pasan por un paso a nivel y vemos una locomotora grande moderna, de líneas claras y lógicas y que tira de un tren. Seguimos por la carretera y vamos al templo de Jumbukeswar, en el que vemos un grande y precioso estanque sagrado (*Teppa Kulam*), que tiene la mitad del agua cubierta de hojas planas, muy verdes y muy claras de tono, y la otra mitad verde del mismo color. Desde la calle se sube al claustillo que por aquí hay y que rodea el estanque y hago una fotografía, en la que se verán las partes altas de los *gopurames* del templo, que está a la izquierda, conforme he subido al claustillo. En el centro tiene un pabellón y todo este *Teppa Kulam* es muy interesante. El templo dedicado a Siva, aunque mucho más pequeño que el de Sri Rangan, es muy interesante. Estará a unos dos o tres kilómetros del otro.

Seguimos para ver Rock Temple y llegamos a un pueblo y en una calle estrecha llena toda de tiendas (aquí parece que la gente no hace más que vender y no se comprende que quede nadie para comprar) y con un bullicio increíble para nuestro automóvil, arrimado necesariamente a una tienda, porque todo son tiendas. Los dueños de la tienda, que están sentados en ella y que están a la altura del automóvil, más altos que nuestro asiento, protestan dirigiéndose al chófer de que pare tapando su tienda. El chófer les contesta pero no hace caso. Entre el bullicio, el polvo y el calor pasamos al otro lado, a la derecha de la calle según pasamos, y vemos la entrada en forma de puerta pequeña en relación con las anteriores, con decorado de templo bramánico, pintadas las esculturas con colores y casi atropellada por las tiendas de los lados. Después de pasar esta puerta hay una especie de portal de unos cuatro o cinco metros de ancho por 20 ó 25 de largo, con tiendas orientales a los dos lados y un olor de perfume oriental y fresco al mismo tiempo. Siguiendo en línea recta siempre, desde la entrada y al fondo de este portal, arranca una escalera cubierta y del mismo ancho que tiene los frentes de los escalones pintados de franjas verticales, de unos 12 centímetros, roja almagra, una, y otra blanca. Subimos unos ochenta escalones que tienen tres o

cuatro mesetas. Los escalones son de piedra, con el frente pintado como digo. Se atraviesa una calle también de tiendas de unos seis metros de ancha, y, al otro lado y al frente de la escalera que hemos subido, entramos en un gran vestíbulo cubierto y con columnas o pilares para sujetar el techo. Hay un elefante pequeño comiendo hierbas largas verdes que huelen bien. Tiene este vestíbulo unos 20 metros de ancho por unos 25 de fondo, y al fondo y enfrente y en la misma línea que la anterior sigue una escalera, la misma escalera anterior, con el mismo ancho y las mismas pinturas en el frente y también cubierta, y a los cuarenta escalones próximamente hay una meseta y entra luz por un lado, y luego siguen los escalones todo lo que deja ver el techo y la oscuridad de la escalera allá en lo alto.

Suben o bajan algún hombre o alguna mujer, y su tipo y su ropa, o desnudo, allí en aquel fondo, hacen un conjunto de una belleza y emoción extraordinarias. Esto sí que tampoco se me olvidará en la vida, como no olvidaré que no nos dejaron pasar del fondo del vestíbulo porque ya no era hora para ello, y por culpa de los directores de nuestra excursión, que no les importaba nada más que su negocio, nos dejaron sin ver completa aquella maravilla, subiendo hasta el templo, que parece que es interesantísimo. Hay hasta arriba 290 escaleras. El templo está arriba en la roca, que no tendrá menos de cien metros de altura. Es maravilloso y yo salgo otra vez temblando de emoción.

En las casas hay cenadores también o tarimas adosadas, en las que están los hombres en cuclillas o tendidos o sentados, como en toda la India, y también en toda la India es un agobio de pedir y lo siguen a uno, y mientras se sube al auto se forma un grupo, y desde Madrás para arriba es el acoso de vender cosas, que no lo dejan a uno andar. En Delhi, para pedir, dicen *Salam* y se tocan la frente. Por aquí es *sir, sir*. No se ve un europeo.

Por las calles (muchísimo más por el Sur y más aquí) se ven capillas con ídolos, y tanto templo y tanta gente en los templos y tanto signo religioso dan idea de que esta gente está enloquecida por la religión. En una calle he visto en una hornacina en el suelo y con un pórtico que sale poco y tiene la altura de un hombre, una estatua de un Ganeca negro y luces de grasa olorosa dentro y en las pilastras del pórtico. Las luces son esas pequeñas tacitas de hierro llenas de grasa y una luz pequeñísima. Un hombre hace una especie de genuflexiones o de medio ponerse en cuclillas, mientras hace unos signos con la mano y luego sigue su camino.

Vamos a la magnífica estación y comemos en el gran comedor. A las nueve y cincuenta de la noche nos vamos de Trichinopoly. Ha sido un día para mí de emociones insospechadas, a pesar de la ilusión y de la idea maravillosa que tenía de la India desde hace muchos años y, a pesar de todo lo que he leído y visto reproducido de ella.

18 FEBRERO 1934.

A las dos y cincuenta y cinco de la madrugada llegamos a Madura y nos dejan dormir en el tren hasta las siete. Tomamos el desayuno y en seguida vamos a los autos y salimos al campo, en el que vemos un buen ejemplar de ficus indica que ocupa una gran extensión. Muy cerca de allí está y vemos un enorme estanque sagrado, «Teppa Culam», con un pabellón en el centro, «Mandapan». Tiene escaleras en los lados y en el pabellón del centro. En los laterales también tiene

tallas en piedra. Todos estos laterales tienen las listas verticales de unos 12 centímetros de ancho, almagra y blanco, sin respetar las tallas de piedra ni nada. El estanque, como digo, es tremendo. Ya hay gente bañándose en él. En un lateral de este enorme estanque, como a unos diez metros de distancia, hay una casita muy pequeña de una planta. Delante y en el mismo suelo, sin pedestal ninguno por lo tanto, y entre el estanque y la casita y muy cerca de ella, un idolillo de unos 80 centímetros y dos a los lados, los tres juntos, y estos dos como de 40 centímetros. Los tres, pintarrajeados y mirando hacia el estanque. Vamos corriendo a ver el gran templo, y al volver del «Teppa Culam» que hemos visto, pasamos con un arroyo en medio al lado del ficus indica visto antes. El río de Madura es el Vaigai.

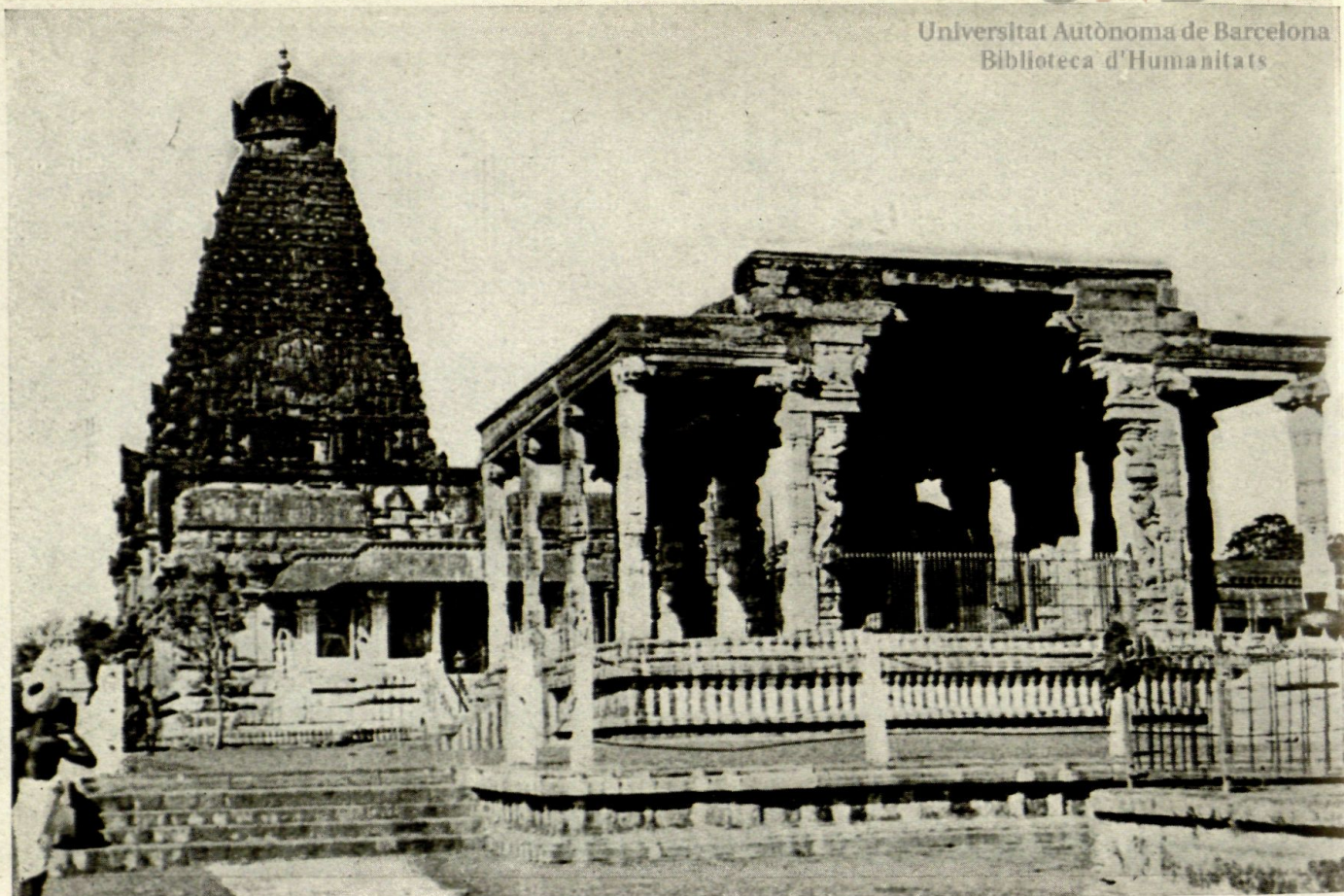
Llegamos frente al Gran Templo, en una calle bastante ancha, polvorienta, llena de bazares y tiendas, y que es un verdadero hormiguero humano. ¡Qué gente! y qué ropas, y otros casi desnudos, y todos parecen dominados por un gran delirio religioso. ¡Qué competencia de signos exteriores de religiosidad! Unos, además de pintadas las señales, con la mitad de delante de la cabeza afeitada y lo de detrás dejado largo y que está sucio y desgredado y les cae hacia la espalda y hacia los hombros. Unos con los signos pintados en la frente, con gran diversidad. Otros con signos de ceniza en la frente. Algunos toda la frente llena de ceniza. Otros toda la cara. Otros, además, el pecho y la espalda. Es una impresión indescriptible y no se puede concebir sin verlo. Son locos, verdaderos fanáticos. No he visto en ningún manicomio una visión de locura comparable a esta. Si no lo viera uno no lo creería, y viéndolo da la impresión de ser una cosa increíble. Y todo esto bajo un sol que abrasa. Se quedan los automóviles junto a las murallas del templo, a la derecha, según entramos nosotros en el templo, que está a la izquierda de la dirección en que entramos en la calle. Se entra por una puerta monumental o un *gopuram*. Este templo tiene nueve *gopurames* y el más alto tiene 152 pies, y las partes más bellas de este templo fueron construídas por Tirumala Nayak, que reinó desde 1623. Es magnífica la puerta por donde entramos, con esculturas interesantísimas, y la entrada forma un corredor de unos diez metros de fondo dentro del *gopuram*. Ya dentro del templo, en este sitio que hay luz como en la calle, se nos viene encima y nos rodea y nos sigue una multitud con un gran griterío y sin dejarnos andar ni oír lo que nos explica el guía. Seguimos viendo cosas maravillosas y pilares que sostienen techos y hay penumbras y altares y puertas de bronce con candilitos para luces y otros sitios más oscuros, y de pronto salimos otra vez a la luz y nos encontramos bajo la galería que circunda el estanque sagrado o «Teppa Culam», que se llama Pottamarai (Tank of the goldem Lilies). Los efectos de luz en y desde el cenador son magníficos. Es bellísimo de proporciones y de serenidad. Hay algunos fieles bañándose y otros por allí sentados en el suelo o en cuclillas. Tiene aquello de encanto una sugestión mágica extraordinaria. Suena una campana lenta y allí suena maravilloso. Desde algún sitio es precioso, pues se ven, además del estanque y los cenadores y la gente, los *gopurames* por su parte alta. Este templo tiene, además de los nueve *gopurames*, tres puertas monumentales. Parece que el gran *gopuram* es el más soberbio de la India. Seguimos adelante y seguimos echando a los que nos siguen (casi todos muchachillos) como si fueran moscas. En uno de los cenadores del estanque hay un cajón de madera negro de pino viejo de un metro por un metro y de unos 40 centímetros de altura sin tapa, y dentro hay un Ganeca de piedra negro que sobresale un poco de



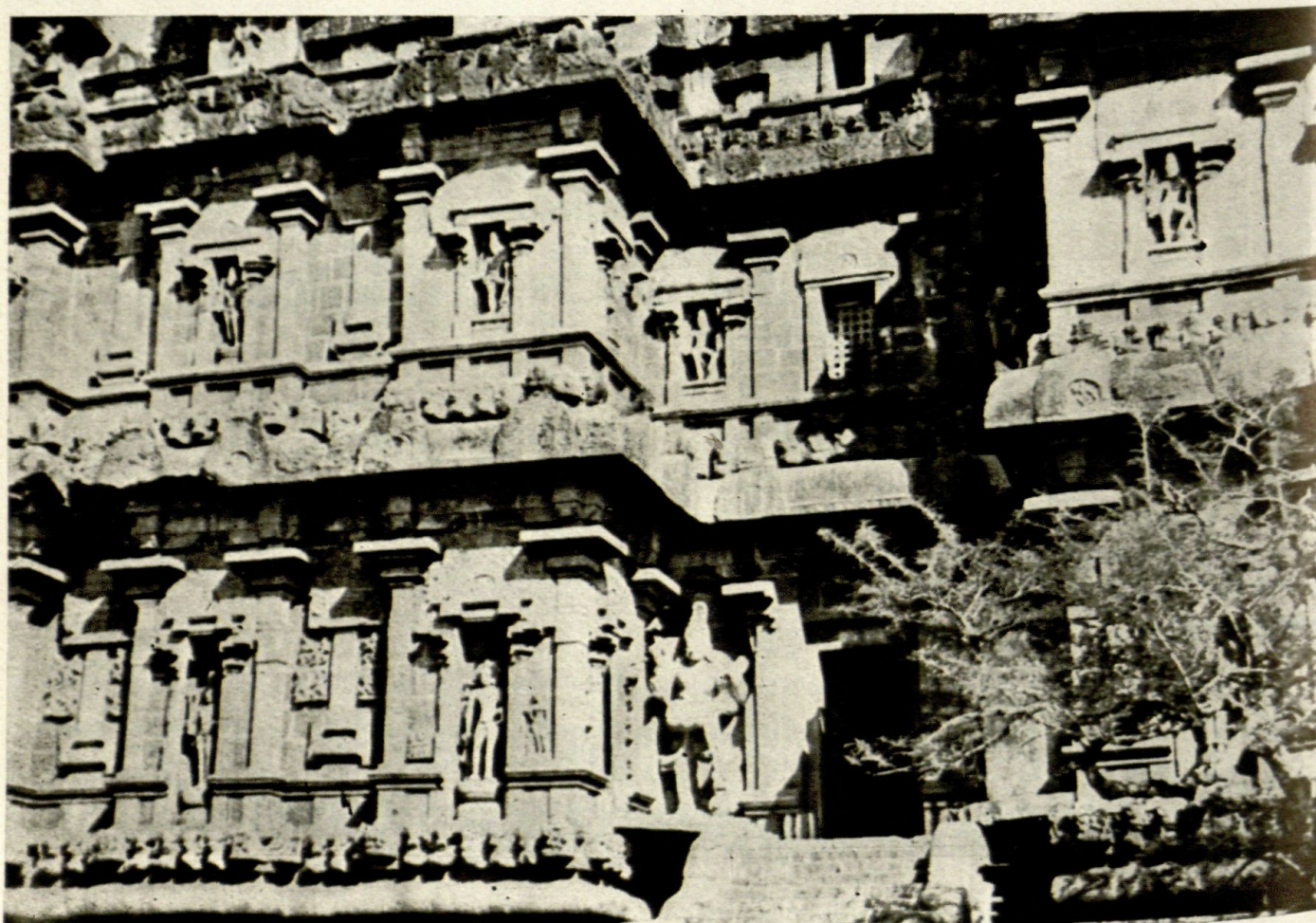
MADRAS. Templo de Mylapore.



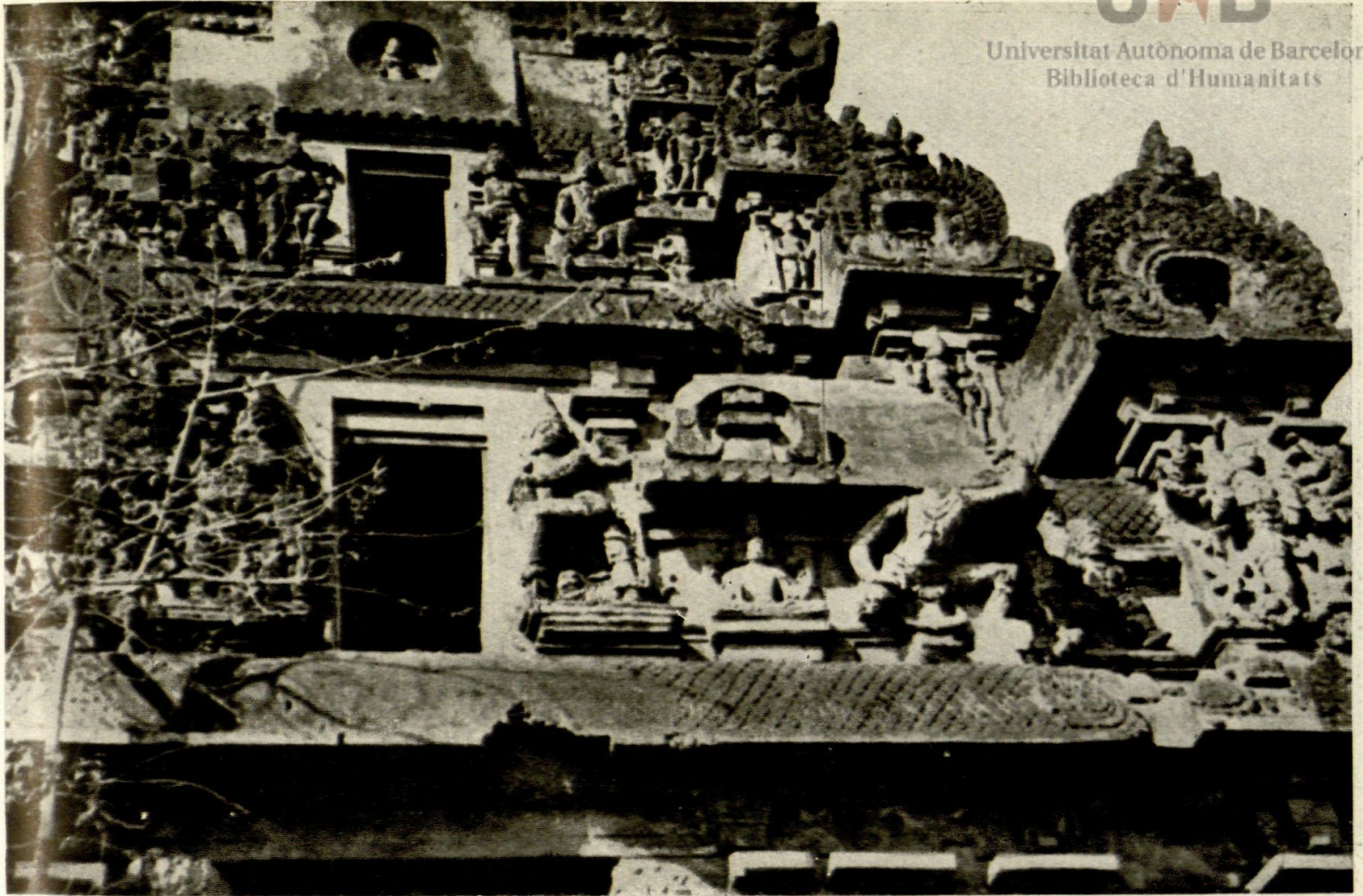
MADRAS. Pórtico del templo de Mylapore.



TANJORE. Interior del gran templo de Rajarajeshvara. En primer término, el altar con el *nandi* o toro sagrado. Las listas verticales son de blanco y almagra, alternadas.



TANJORE. Fachada lateral del gran templo de Rajarajeshvara terminado en 1012.



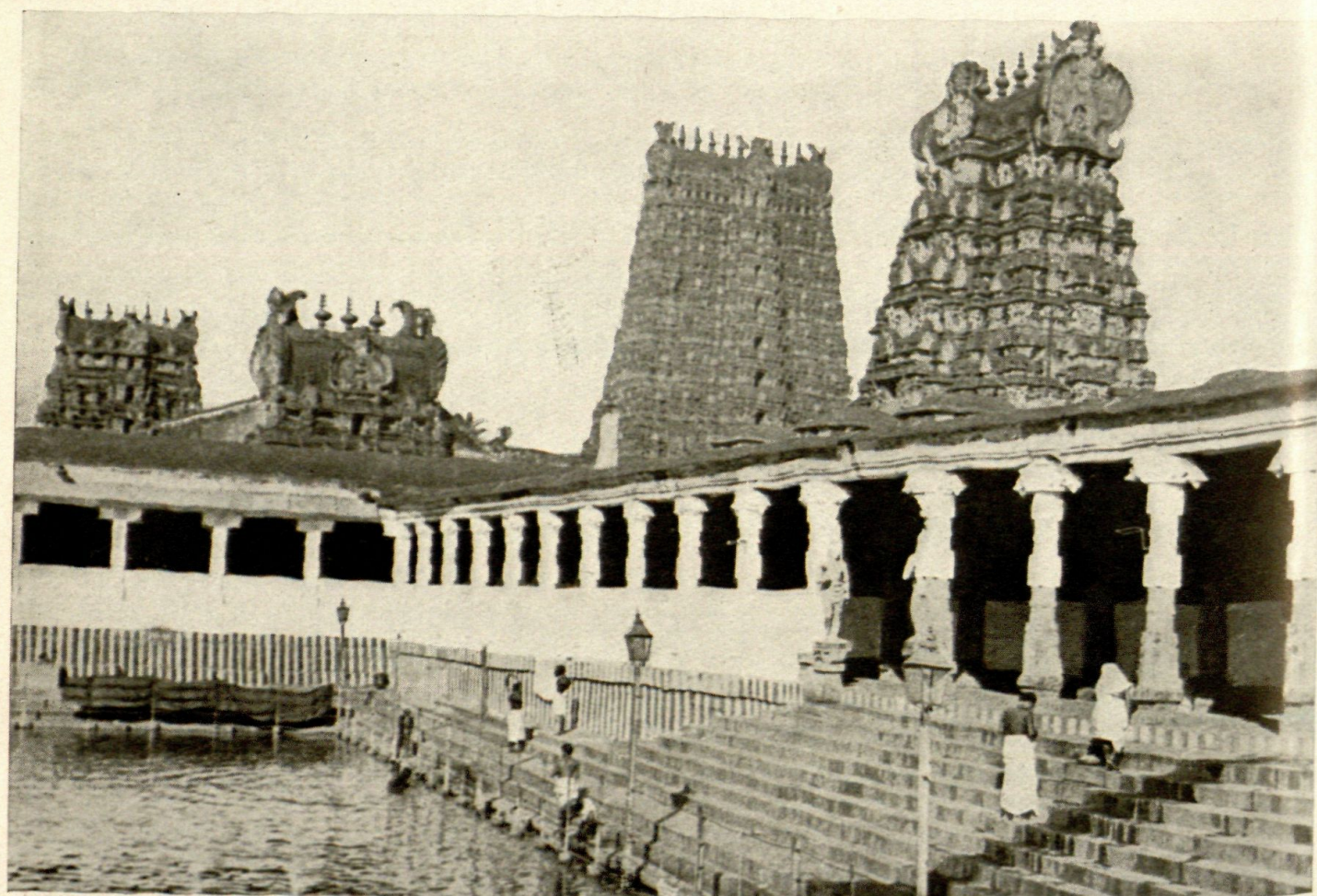
TANJORE. Otra fachada lateral del gran templo de Rajarajesvara.



TRICHINOPOLY. Vista desde la terraza sobre el *hall* de los mil pilares, mirando al Este.



TRICHINOPOLY. En el templo de Jambukeswar o de Siva. Estanque sagrado (*Teppa Kulan* con Mandapan).



MADURA. Estanque de los lotos de oro, en la gran pagoda. Esta está rodeada de nueve *gopuranes*, de los que se ven cuatro en la fotografía.

la altura del cajón. Dentro de éste hay ceniza hecha de restos de vaca con que se untan los fieles en la frente y el cuerpo. Salimos de allí y empezamos a andar por calles y patios y escaleras y altares y capillas y templos y más calles y puertas monumentales y *gopurames* altísimos (todo es de piedra), con un laberinto de ídolos y figuras talladas simbólicas maravilloso, y las pequeñas ardillas que tanto abundan en la India trepando por todas las esculturas de los *gopurames*. Este templo es también como una ciudad y estoy admirado de la enormidad de la belleza y de la sugestión que me produce. Desde algún sitio he visto la torre de oro de este templo, que parece dorada el día anterior. Hay las piedras musicales que son como un pequeño quiosco de piedra redondo y como si fueran tubos de órgano. Hay unas piedras en esa forma, unas más largas que otras. En realidad, lo que es más largo o más corto son las rajas, puesto que todo es un bloque; golpeándolas, cada una da una nota (fig. G 1).

Andando por aquellas plazas y calles del interior del templo con los magníficos *gopurames* y altares veo un Ganeca de piedra, como todo, en el suelo, junto a un muro, no de espaldas al muro, sino dándole el lado derecho y separado menos de un metro de él. El Ganeca está casi negro y brillante con ceniza pegada y tendrá poco más de un metro de alto. Dos mujeres se acercan a él y una de ellas entra entre el Ganeca y el muro y le echa un chorro de agua u otro líquido en la cabeza al ídolo con un cacharro de latón que parece una tetera. Después le pega una hoja verde en la cabeza y le da una vuelta andando alrededor. La otra mujer da también la vuelta alrededor y se van las dos. Quién podía pensar que todavía hay quien necesita a Ganeca para vivir. Ya se fueron los que nos seguían. Vamos a la parte más sagrada, al Sancta Sanctorum, que dejan ver. Es una parte cubierta grandísima y es una verdadera maravilla. Nada me ha impresionado más en todo lo que he visto en la India. Ya dentro de este Sancta Sanctorum hay la parte central, que es lo más sagrado, y luego anchura, y luego altares laterales, y luego naves largas, largas, con columnas. Todo cubierto con techo de piedra y de luz maravillosa, con pilares, con altares. En los altares laterales que rodean la parte central hay elefantes casi de tamaño natural con dorados. Allí no hay más luz que la segunda o tercera luz indirecta que viene de galerías cubiertas y en ángulos sobre otras galerías y una luz del techo del agujero por donde sale un mástil. En un altar lateral hay un Siva a la izquierda, según se mira, y una Kali a la derecha de más tamaño que el natural y están sobre decorados a más de un metro del suelo. Todo está negro y lleno de grasa en los altares de estos templos y negros están Siva y la diosa Kali, y el altar y los otros altares, y todas las tallas y todo allí. La diosa Kali está chorreando de grasa y brillante y tiene muchos pegotes blancos de manteca que le tiran los fieles para curarse de la fiebre. Sobre la manteca tiene pegadas como hojas de papel del tamaño de hojas de rosa de color rojo y verde y blanco y rosa. Me siento completamente emocionado. En el centro (el altar de Siva y Kali es un altar lateral) hay un bloque recargado de figuras y adornos hasta el último extremo. Es una especie de altar delante del que, y detrás de una simple verja baja, está el pie del mástil con el mástil que sale por el techo (cuya luz es la única directa de aquel recinto) y que es para poner fuera del templo arriba la bandera en días señalados. El mástil y el basamento que dicen que es de oro es sólo chapado de oro, pero se ve que es grueso por las líneas blandas que tiene. Es como una caña con muchos decorados y con una especie de cinchos de trecho en

trecho y de unos 20 centímetros de diámetro, y el basamento es muy grande y muy decorado. Aquello es delicioso de penumbra y de color todo negro y el oro viejo sin brillo ni mate del mástil.

En otro de tantos altares por allí he visto otro Ganeca en el fondo de una hornacina. Está negro, lleno de grasa y con hojas de flores de colores pegadas. Las pilastras de fuera del altar, que son metálicas, me han dejado ver bien cómo iluminan de tantas lucecitas estos altares que, estando siempre tan negros, siguen negros y sólo se ven las lucecitas. Tienen las pilastras una profusión de tacitas (fig. H 1) y de este tamaño llenas de una grasa perfumada y una pequeña mechita. La grasa y el humo ponen todo negro, pero en casi todos los altares con algún motivo arquitectural o algún adorno hay algo blanco de color de cal que hace muy bien. Siempre hay también algo pintarrajeado bárbaro en azul, verde, amarillo y encarnado. Vamos saliendo por galerías oscuras con luz muy tenue, con altares, con pilares. Se va saliendo a más luz por entre tanta maravilla y aquellos altares a los lados y aquellas gentes, y siguen los pilares tallados y los contrastes de luz van apareciendo y otras galerías de más luz, y siguen las galerías hacia el fondo, las oscuras ya pasadas, las otras con más luz y luego ya el sol en el suelo que entra por entre pilares con nuevos motivos de maravilla, con efectos de luz y sombra prodigiosos. Ya casi en la puerta veo a la izquierda el pabellón de las mil columnas allá lejos. Salgo asombrado, maravillado y aturdido. El sol en la calle, el enorme calor, el polvo y aquel enjambre de locos, cuya locura se ve en todo su porte y en sus ojos de iluminados. Como al que está soñando y lo sacuden, le dicen a uno que suba al automóvil, que vamos a ver y vemos el palacio de Tirumala Nayac, último rey de Madura, 1623.

Es un enorme palacio de albañilería y pasta. Enorme patio. Enormes columnas, enormes arcos, enormes estancias de color amarillo, ocre y blanco. Parece una decoración de una ópera. Basto árabe persa. A las diez y cincuenta y cuatro de la mañana nos vamos de Madura y yo voy algo como sonámbulo. Salimos (en el tren) de la India. Empieza a haber terrenos pantanosos. Luego dos kilómetros y medio aproximadamente va el tren con agua a los dos lados. El mar, verde claro. El cielo, turbio gris rosa azulado. Poco después, el verde del mar se hace fuerte en el horizonte. Después, tierra por todas partes. Bosque de palmeras y poco después una especie de palmitos-cactus, y luego una gran extensión desértica. Dunas más de una hora. El agua del mar parece muerta con un oleaje pequeñísimo y parado; la espuma se ha hecho sólida en los bordes de las olas en la tierra y es sal. Hemos pasado antes Mariamadurai Junction. Ahora llegamos a Dhariuskodi. Nos espera un barco no grande ni muy pequeño que se llama «Davivin». Hace aire y fresco, pero el interior está ya tomado por los pasajeros turistas del Empress of Britain, que han venido antes en tren especial y nos instalamos a proa en bancos que ponen. Salimos después de las cinco de la tarde. El mar nos salpica algunas veces. A la señora Lataste se le va el sombrero al mar, que tiene muchas rompientes. Y arma la señora un chillerío como una gallina, y riendo. El cielo y el mar, como al entrar en la India, parecen otra vez un paisaje de Claudio Lorena por el color. Después hay disco rojo del sol, luego la noche. Tardamos unas dos horas y cuarto en la travesía.

A las siete y veinte estamos en Talaimanar pier, en Ceilán. Mucha ilusión llevaba a la India, pero ha sido mucho, muchísimo más de lo que podía imaginarme.

Llegamos a Talaimanar a las siete y media de la tarde, de noche. Arribamos

a un muelle magnífico, en el que hay junto al mar y paralelo a la línea del muelle un tren muy largo encendido. Es para los pasajeros del *Empress of Britain* y nosotros. Nos dicen que vayamos al vagón restaurante y allí nos indican que volvamos a la segunda tanda, porque está todo tomado por los pasajeros del *Empress of Britain*. Hay tanto equipaje, que en lugar de salir el tren a las ocho y media, salimos después de las nueve, y ya han comido la primera tanda y estamos los de la segunda en el comedor. Vemos que varios de nuestro grupo comieron en la primera tanda sin hacer caso, pues era una oficiosidad del empleado del *W. Restn.* el que estuviera tomado por los del *Empress of Britain*. Todavía quedan unos cuantos yanquis, entre ellos, una joven gordísima, gordísima y fea y basta, que no dejan pasar a los camareros ni sentarse a los pocos que quedan para comer, pues están por en medio y sentados en los brazos de las butacas. Mi compañero De White se pone furioso y llama con el cuchillo en un plato con tal fuerza, que lo rompe, y entonces el Sr. Gavin coge los pedazos y, al yo preguntarle, me dice que es para esconderlos, y entonces le digo que me los dé a mí y los pongo encima de la mesa, donde se vean, al lado nuestro. Luego no nos cobraron ni nos preguntaron nada. Al fin se van los yanquis, tan yanquis, y la espantosa muchacha gorda. Un magnífico desembarcadero. Luz eléctrica. Un magnífico tren con coches camas, restaurante con cocina europea. Idioma inglés. Agua de Vichy o Perrier y a correr. Y yo me pregunto: Y ¿Ceilán? ¿Es esto? Acabamos de comer y me voy a un coche, y en seguida siento cosquillas en la cara y en las manos y me apercebo que hay un enjambre de mosquitos pequeñísimos y que alrededor de la luz es un hervidero. Apago la luz y salgo al pasillo, y la luz del pasillo tiene aún más mosquitos. Ya esto es algo de estar en Ceilán. Con el pañuelo echo los mosquitos que puedo y a oscuras me pongo a mirar el paisaje. Una luz en el suelo y otra y otra con un parpadeo, pero es infinitamente mayor que la de los gusanos de luz que conozco, pero son de gusanos de luz. Me extraña que tengan tanta fuerza de luz y veo más arriba y de pronto la copa de un árbol cuajada de las mismas luces, pero sin parpadeo. Está raso y con estrellas clarísimas y, sin embargo, las luces de los gusanos son más fuertes que las estrellas. Sobre el cielo parece una agrupación de estrellas de primera magnitud que se ven a través de los árboles. Esto sí es Ceilán. Es un espectáculo fantástico que me hace quedarme hasta cerca de las doce de la noche mirando por la ventanilla a pesar de lo rendido que estoy y de que hay que levantarse a las seis.

19 FEBRERO 1934.

Me llaman por la mañana y veo un amanecer blandísimo. Una estación—Colombo—magnífica. Los autos nos esperan paralelamente al tren y vamos al barco y nos dicen que hay que ir en seguida a la excursión. Hemos llegado a Colombo con media hora de retraso, y en efecto, cuando en el muelle (magnífico) hemos tomado una canoa automóvil del barco para ir a él, hemos encontrado ya a los pasajeros que venían en ellas para empezar la excursión, que era a las siete y cuarto. Al tomar la canoa del barco en el muelle de Colombo para ir al barco a lavarme y estando con el belga Mr. De White, nos dicen que el Rey de Bélgica ha muerto en un accidente de montaña.

Hemos ido al barco, que estaba a un cuarto de hora del muelle, y yo me he

mal lavado y mal peinado y cambiado de camisa porque me afeité en el tren, y cuando a las nueve menos cinco minutos me dispongo a salir de mi cabina, me traen un recado escrito del Sr. Lewis, que es el empleado de Cook que nos ha llevado por la India, diciéndome que me espera a las nueve para salir. He encontrado en un camarote, al llegar, una carta de Margarita, otra de Miguel y otra muy cariñosa de Miguelín con un barco dibujado por él. Estas cartas están escritas en Algeciras el día 24 de enero. Bajo a la salida del barco y me esperan. El señor Lewis, el Sr. Matescar y su señora, el Sr. De White y el Sr. Gavin. Vamos otra vez al muelle y el Sr. Lewis nos colocó a los cinco en un auto para que nos llevara a Kandy. Yo voy dentro en una banqueta muy incómodo. El coche es descubierto pero lleva toldilla. La ciudad de Colombo es magnífica, y como si el terreno no costara nada, tiene unas avenidas tremendas, por las que salimos de la ciudad. No he visto en ninguna otra ciudad nada tan espléndido ni tan limpio y bien cuidado y tan verde de césped y de arbolado y de casas y edificios públicos. La carretera, asfaltada, es amplísima, con amplios andenes de césped verdísimo a cada lado y en seguida una vegetación como no he visto otra de verde, de sana, de frondosa, con palmeras de cocos y una gran variedad de árboles.

Las casas y las casitas, hasta las pobres, son bonitas y habitables. La gente de mejor raza, de color cobrizo y con la piel tirante, mucho mejor nutrida y, sobre todo, vestida, aunque se ve, sin embargo, algún ejemplar seco, negro y arrugado con un harapo. Los habitantes de aquí, hombres y mujeres, llevan un paño como una falda desde la cintura hasta cerca de los pies, y los hombres una camisa, una camiseta o nada, y las mujeres una especie de chaquetilla descotada y corta que deja ver una faja del estómago y por detrás la espalda. Todo tiene un aspecto risueño, menos el cielo, que aunque está raso tiene unas nubes en cúmulus enormes, que en España serían precursoras de una tormenta de las más gordas. Vamos corriendo todo lo que puede el *Buick* y yo estoy maravillado de este paisaje. Un elefante en la carretera transportando madera con su *kornak* encima. Es completo el paisaje de aquí. Me bajo del automóvil y hago una fotografía. Más adelante otro elefante bañándose en el río. Después vemos un pequeño jardín zoológico que costea un particular inglés. Hemos ido por llano y pronto empezamos a subir pendientes suaves. Sigue un arbolado magnífico. Paramos para echar agua en el coche, que empieza a hervir. Se acerca un hombre con cocos frescos y le compro uno, que él corta por la parte de arriba y lo hace con una herramienta como lo que en Granada llaman hocino, y lo corta como si fuera un lápiz. Queda abierto un agujero de unos cuatro centímetros y está lleno de agua de coco, que echa en un vaso y me bebo. Está muy bueno, pero no noto gran diferencia de la que he tomado muchas veces en Granada. Solamente que el coco estaba aquí lleno. Luego como la pulpa, que sabe igual que la que siempre comí en Granada, pero que está más blanda y mantecosa y no es parda ni dura por el lado de la cáscara, que llega a Granada dura para partirla con un martillo. Le compro dos para Miguelín, a ver si llegan frescos. Seguimos. Hemos pasado algunos poblados que están muy bien y de aspecto sonriente. En uno de ellos un hombre, al ver un automóvil, levanta un gran papel que dice: *Gripsholm*. Le decimos al conductor que pare y el hombre le dice que vayamos por tal sitio para ver el baño de los elefantes. Llevamos casi cuatro horas corriendo mucho y la carretera ha seguido siempre igual de espléndida y de maravillosa por el paisaje. Por un camino estrecho y sin asfaltar, pero

no malo, vamos a ver el baño de los elefantes. Al camino salen niños con flores y con nueces de cacao para que les compremos. Ya se ve el río y en un sitio se quiebra el terreno y vemos los elefantes. El río es muy ancho y hay un elefante con un hombre encima dentro del río y tres elefantes grandes arriba junto a otro coche que hay en el camino. Vemos dos elefantes tendidos en el río y de los que asoman sólo pedazos fuera y parecen piedras, pero resoplan y saltan el agua. Otro elefante está entrando en el río. Hacemos fotografías y nos vamos al hotel. *Queens Hotel* en Kandy. En la puerta, al bajar del coche, encuentro a Signe y me dice que su madre se ha roto el brazo derecho por el hombro al caerse en su casa de Gotemburgo por las escaleras. Nos ha llovido por el camino tres o cuatro chaparrones. (Al tomar la canoa automóvil del vapor en el puerto de Colombo, al llegar esta mañana a Colombo, se ha sentado a mi lado la señora Flad y me ha dicho que el Rey de Bélgica ha muerto en un accidente de montaña.) Almorzamos en el hotel, que tiene un comedor muy grande y un *hall* vastísimo, con tiendas por todas partes. Después de comer en un jardín que tiene el hotel, nos van a enseñar las «Danzas del Diablo» y salen los bailarines, todo relucientes, y empieza la danza, que es una cosa ridícula que parece hecha por comparsas de un teatro. Le hago ver a los compañeros, que se convencen y nos vamos. Vemos el lago artificial, que es bonito, y luego el templo del Diente Sagrado de Buda. Tiene mucho restaurado y blanqueado, pero tiene partes preciosas, como la entrada, y dentro del recinto, el templo, pequeño pero interesante. Al salir veo un sitio precioso de un río de agua que hay en el recinto, donde están las tortugas, y quiero hacer una fotografía, pero no puedo porque hay una discusión entre mis compañeros y un guardián del templo, que exige más propina, y al mismo tiempo hay un pobre enfermo por el suelo como una araña pidiendo, pero saltando con una gran agilidad, y siempre está delante de mí, como los perros que ladran a un coche. Me he quedado sin dinero y lo más pequeño que tengo son billetes de dos rupias y no se las doy. Además de que el de la discusión vendría hacia mi lado y salgo del templo con los compañeros y el guardián, que sigue protestando, y mis compañeros que se niegan a dar ya nada más. Se ven por todo Ceilán los sacerdotes budistas con su túnica amarilla. Vamos en el automóvil a ver los jardines botánicos de Pavademija. Son un gran parque con plantas y árboles increíbles para nosotros, con flor de colores purísimos y violentos y hojas rarísimas, todo de una lozanía extraordinaria. Vemos los bambús de la India y los de Ceilán. Los primeros llegan a tener el diámetro de una cabeza, y volvemos a Colombo por aquel camino tan delicioso, yo muy incómodo porque no me caben las piernas. De Colombo al barco. Nosotros, en lugar de alguna parte del día en tren, hemos tenido el automóvil todo el día.

MARTES 20 FEBRERO.

A las nueve y media de la mañana, salida del barco y vamos a Colombo. Voy con el matrimonio Marescan y vamos a una tienda que hace ropas. A las once, les encargo dos trajes y cinco camisas que me probaré a las cinco de la tarde y me llevarán esta noche terminados al barco antes de zarpar. Vemos los alrededores y la ciudad. Un templo budista, No tengo nada que rectificar; es magnífica. Tiene un barrio popular de tipo oriental, pero mucho menos pobre y más limpio que

todo lo de la India. Aquí se podría vivir en estas casas. Lo demás, el gran parque y los guardias para circulación. Tremendas nubes y, como ayer, un calor insoportable. Vamos a almorzar a *Galle Face Hotel*, con unos bajos enormes con bazares del tipo del de ayer, y almorzamos en una terraza. Más paseo y el consabido te en Mount Lavimá, un escarpado sobre el mar. Tomamos el te en un inmenso comedor con terrazas al mar y con aire y una profusión de ventiladores que consiguen que no se sienta nada de calor. En los alrededores del hotel, bazares y bazares y acoso, y el automóvil que se para en las tiendas sin que lo digamos y dentro, mientras el te, acoso de vendedores. Yo compro una boquilla de concha, —tres rupias—. Volvemos a Colombo. Son ocho millas de una anchísima carretera asfaltada y con un tráfico como el de la calle de Alcalá por Pardiñas hasta Sevilla. Automóviles, autobuses, camiones, carritos tirados por zebúes y muchos *pousse*, *pousse* muy bonitos, limpios y hasta coquetones. Por lo general van dentro europeos y oficiales y tira de ellos un negro o uno color chocolate con un turbante blanco y un faldellín, y van siempre al trote por los lados de la carretera apartados. Es muy bonito pero muy desagradable ver a uno sentado leyendo el periódico y otro hombre corriendo casi desnudo con aquel calor insoportable y, sobre todo, con los pies desnudos en aquel asfalto que debe estar ardiendo. El camino es recto y es una maravilla. Desemboca en el memorial de la guerra, y a la izquierda hay una gran playa recta también magnífica. Vamos a la tienda, donde me prueban las camisas y el traje. Casi no pueden probarme porque sudo tanto, que no se puede despegarme la camisa ni llegar la nueva a su sitio. En un espejo veo que estoy brillando de sudor. Suena un trueno único. Nos vamos al barco. Antes de zarpar me llevan la ropa, pero casi no me pruebo nada porque no va a haber tiempo. El hombre no tiene cambio y tenemos que pedir a esa hora el favor de que me cambien en el barco. A las diez sale el barco. Está paralelo al «*Empress of Britain*», de 40.000 toneladas, blanco. Empieza a moverse nuestro barco torciendo la proa hacia la izquierda, hacia el «*Empress of Britain*», y a las diez la banda del barco, al ponerse éste a andar, toca el himno inglés, seguido del sueco, con todos los pasajeros de pie, y adelanta los pasajeros, saludan y son saludados por los del otro barco con los brazos con pañuelos y con gritos; pasamos por delante de la proa del «*Empress of Britain*» y vamos a alta mar. Hay muchos barcos en el puerto y algunos muy grandes, y un gran buque de guerra inglés. El puerto es magnífico. El segundo día hemos visto en Colombo un parque zoológico interesante. Nos acompaña uno del parque que acaricia a través de la reja a un enorme león, al que le llama «Pachá». Nos dice es muy bueno, pero la leona no. Esta está con él en la misma jaula y permanece apartada paseando. Hay una pantera negra y nos dice que es muy mala, y en efecto, empieza a gruñir y a resoplar y enseñar los dientes y no para hasta que nos vamos. Luego vemos un tigre magnífico, enorme, y nos dice que ese es muy malo. Desde lejos, tendido de barriga, nos enseña los dientes y nos pasa a unos cinco o seis metros gruñendo y resoplando con la boca abierta toda la cara arrugada y enorme; es un animal magnífico y cada vez parece que tiene los ojos más claros; cansado, sin duda, de que lo miremos y teniendo una cara de cólera increíble, de pronto da un gran rugido, y a la vez, como si tuviera un muelle, da un salto que llega al techo de la jaula y viene contra los barrotes del lado donde estamos.

Nos vamos y pasamos por otra jaula con dos hermosos tigres. Estos son muy

buenos. Mete el hombre la mano y vienen a rascarse la cabeza y el cuello con él. Pasamos por otra pantera negra que dice que es muy buena y recién llegada, y por los barrotes la acaricia como si fuera un perro. El hombre tiene una cicatriz en la cara de la otra pantera negra. Son las fieras como las personas, aparte de la especie, las hay buenas y las hay malas. El mar está tranquilo.

21 FEBRERO 1934.

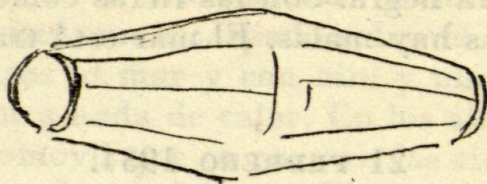
Amanece un día espléndido y no tan caluroso y nos parece delicioso después del infierno de la India y de Ceilán.

A las ocho y media de la noche da un concierto de canto la cantante señora Soderman, que conocí en la excursión de Nápoles y estuvo muy deferente conmigo, y después lo mismo siempre que la he visto en el barco, y me ha parecido que debía ir al concierto. A poco de terminar viene a la mesa donde estamos sentados Signe, su amiga y yo, el capitán Wolf, empleado de la Swedish American Line, y dice que la Compañía ha invitado a una cena a la señora Soderman, y ésta nos ruega que asistamos los tres. Yo estaba dispuesto a irme a la cama y la cosa me produce verdadera contrariedad, pero no creo que deba excusarme, sobre todo cuando digo a Signe que ha pedido que vayamos los tres porque nos ha visto juntos y Signe dice que no, que le ha dicho al Capitán que vaya yo. A eso de las diez bajamos al Ritz, y yo creo que a las once, lo más tarde, me podré acostar. Somos cinco los invitados y la cantante y el capitán. En el Ritz hay aproximadamente las mismas personas que se bañan en la piscina y toman baños de sol. Están bailando. El cura sueco baila con unas de las hijas de los príncipes de Dinamarca, que por cierto llevan un crucero poco feliz. Primero ha muerto el padre de la princesa estando en el barco y después de yo embarcar. Después ha estado muy grave el príncipe con una pulmonía y ahora la princesa con fiebre alta y con temor de uremia. Los músicos de la orquesta, los unos están con cara de cansados y los otros con cara de granujas. Son rusos.

Nos dan una cena de caviar y pollo frío y café y empiezan el coñac, el whisky y los licores que siguen. Los músicos tocando y la gente bailando, y lo mismo todos los de nuestra mesa, menos la cantante y yo. El cura, con la cara de avidez que tiene, sigue bailando con las princesitas. Le llaman en el barco Rasputin. Al capitán y al otro señor que hay en mi mesa se le empieza a poner colorada la nariz. No se hablan mas que estupideces sin gracia ni ingenio. Yo estoy desesperado, sin saber cuando nos iremos. Empiezan los brindis en sueco con todo el ceremonial. Todos bailan por allí y alguno ayuda a armar jaleo tocando algún instrumento, acompañando a la orquesta. Veo al cura metiéndose por todas partes, pero sin abandonar a las princesitas. El cura le ha dicho el otro día a la amiga de Signe: Yo no he engañado nunca a mi mujer..., hasta ahora. Siguen los licores y coñacs, que yo no pruebo, y a la una nos sirven otra cena, y siguen los coñacs y licores, y se dicen cosas tontas, queriendo tener una segunda intención pecaminosa. Yo pregunto a Signe cuando nos iremos, y dice que no sabe. Me levanto y voy a la cabina por un cigarro porque no se puede uno ir hasta que la cantante o la señora mayor se pongan de pie.

(Continuará.)

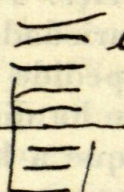
FACSIMILES DE LOS DIBUJOS INTERCALADOS EN EL TEXTO DEL DIARIO DE RODRÍGUEZ-ACOSTA



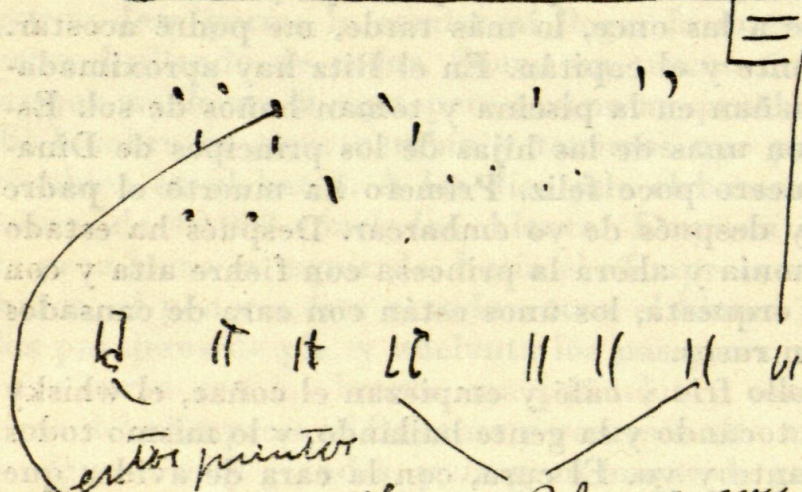
E₁

ferrusa enorme que cubre la sala de los 1000 pilares

escalera para subir a la terraza



gopuram



*estas pintas
los pilares en que
para completar los
1000 pilares*

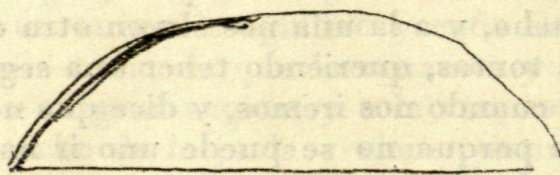
*Pilares con los caballos y ginetes
callejones*

F₁

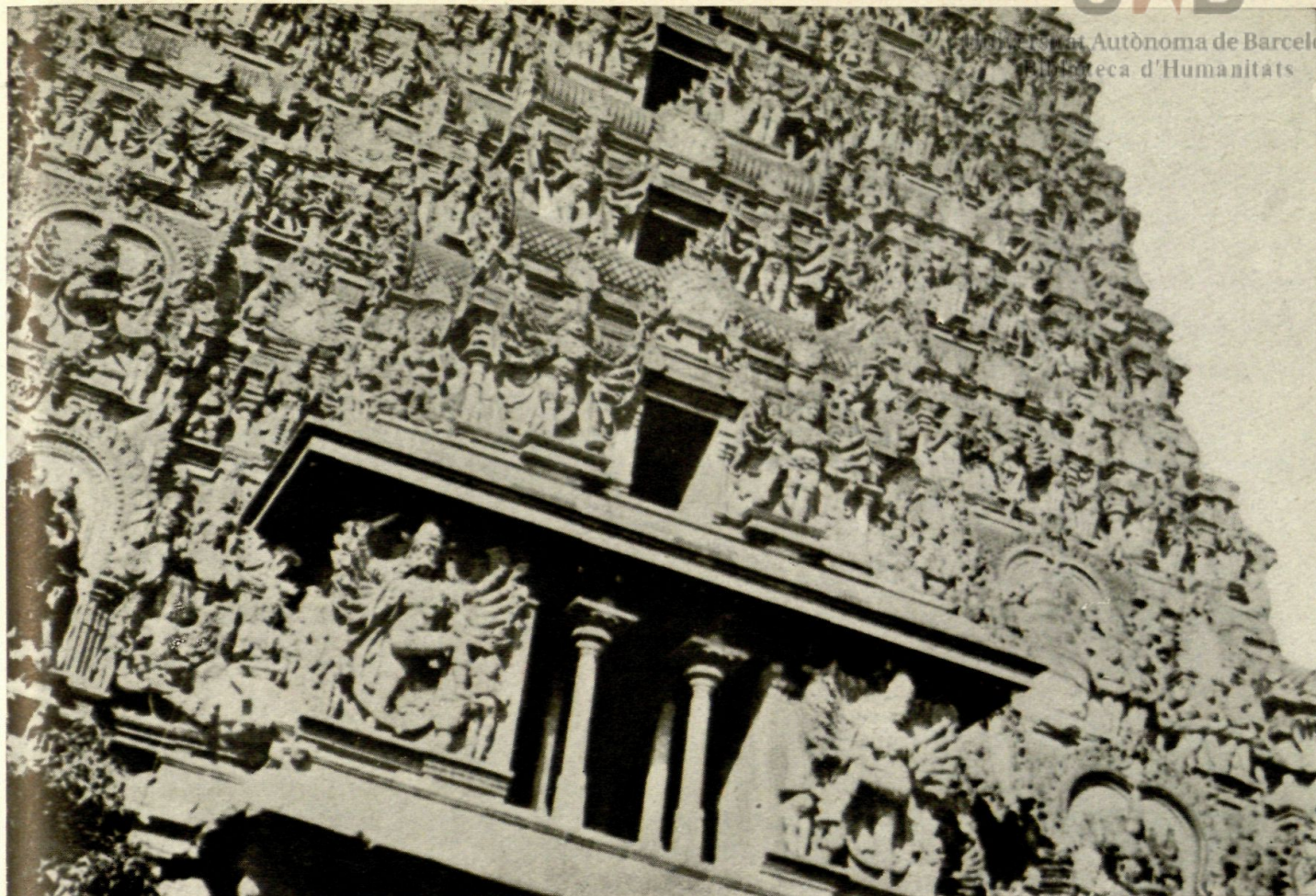
2



G₁



H₁



MADURA. Detalle de un *gopuran* de la gran pagoda.



CEILÁN. KANDY. Entrada al templo del diente sagrado de Buda.



ZANZÍBAR. Nativos.



MOMBASA.



MOMBASA. Viejos baobabs.



MOMBASA. Danza.



MOMBASA.



NAIBORI (KENYA). Vista desde el Hotel Avenue.

LISTA DE SOCIOS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

SOCIOS PROTECTORES

Alba, Duque de.
Alba, Duquesa de.
Aledo, Marqués de.
Bauzá, D.^a María, viuda de Rodríguez.
Benedito, D. Manuel.
Blanco Soler, D. Carlos.
Casa Valdés, Marquesa de.
Díez del Corral, D. Luis.
Fernán Núñez, Duquesa de.
Eleta de Fierro, D.^a Yolanda de.
Escudero Arévalo, D. Miguel.
Fernández de Araoz, D. Alejandro.
Fontanar, Conde de.
García Valdecasas, D. Alfonso.
Garnica, D. Pablo de.
Güell y Churruca, D. Juan Claudio,
Conde de Ruiseñada.
Ibarra, D. José María.
Iturbe, D.^a Piedad, Princesa de Hohenlohe.
Lerma, Duquesa de.
Liesau, D. Francisco.
March, D. Bartolomé.
Maroto y Pérez del Pulgar, D. Francisco,
Marqués de Santo Domingo.
Matéu Pla, D. Miguel.
Medinaceli, Duque de.
Montellano, Duque de.
Montesa, Marqués de.
Morales Díaz, D. José.
Moret, Marqués de.
Pastor de la Meden, D. Antonio.
Payá, D. Joaquín.
Ridruejo, D. Epifanio.
Ruméu de Armas, D. Juan José.
Salobral, Marquesa Viuda del.
Saltillo, Marquesa viuda del.
Serrano Súñer, D. Ramón.
Sueca, Duquesa de.
Urquijo y Landecho, D. José María.
Urrutia, D. Víctor.
Valdés, D. Félix.
Yebes, Condesa de.

SOCIOS SUSCRIPTORES

Agrupación de Acuarelistas.
Aguila y Rada, D. Antonio del.
Aguilar, D. Carlos de.
Aguirre, D. José María.
Aguirre de Cárcer, D. Manuel.

Alan Green, D. Robert.
Albiz, Conde de.
Alcelay, D. Manuel.
Alfonso Casanova, D. José.
Almunia León, D. Antonio, Marqués de Almunia.
Almunia y de León, D. Joaquín.
Alonso López Aguila, D. Francisco.
Alonso Martínez, Marquesa de.
Alonso Vallés, D. Manuel.
Alos y de Fontcuberta, D. Francisco.
Alvarez Buylla, D. Julio, Conde de Santa Olalla.
Alvarez Rubiano, D. Pablo.
Amigos de los Museos.
Amuriza, D. Manuel.
Andría, Duquesa de.
Angulo Iñiguez, D. Diego.
Arbaiza y Velasco, D. Luis.
Archivo y Biblioteca del Ayuntamiento de Vitoria.
Arias Olalla, D. J. V.
Aristegui, D. Enrique.
Arrillaga, D. Manuel M.
Arteche, D.^a María, Marquesa Viuda del Nervión.
Asensio, María Lina.
Asensio, María Salud.
Avellanosa de Santiago, D.^a Josefina.
Aycinena, Marqués de.
Azcárate de Entrecanales, D.^a María.
Azcona, D. José María.
Azpiroz, D. Francisco J., Vizconde de Alpuente.
Badillo Ozón, D. José.
Bailén, Condesa de.
Baldasano Llanos, D. Félix Luis.
Ballester, D. Salvador.
Barbazán Baneit, D. Julián.
Bardón López, D. Luis.
Barrera Juan, D. Ismael.
Basagoiti Ruiz, D. Eusebio.
Basagoiti Ruiz, D. Francisco.
Basagoiti Ruiz, D. Manuel.
Beamonte, Ramón.
Becerril, D. Enrique.
Bellamar, Marqués de.
Bellido, D. Luis.
Beltrán de Lis, D.^a María Luisa.
Beltrán y Torres, Sucesores de.
Benavente Hervás, D. Valentín.
Bergareche, D. Julián.
Bericiartúa, D. Luis de.

Bernardes Alavedra, D. Federico.
Bernier Soldevilla, D. Rafael.
Bermudo, D. Patricio.
Berstein, D. Guillermo.
Bidegain Cabrero, viuda de Hueso Rolland, D.^a M.^a Dolores.
Bochaca Nadeau, D. José.
Boix de Escoriana, D.^a María.
Bolinches de la Rosa, D. José.
Bordejé Garcés, D. Federico.
Boyer-Mas, Monseñor André.
Butler Sherwell, G.
Caballero Alcaraz, D. Juan.
Cabrera, D. Juan B.
Cadenas y Vicent, D. Francisco.
Calandre Ibáñez, D. Luis.
Calderón Polo, D. Luis.
Calzadilla Maestre, D. Fernando.
Camino, D. Clemente del.
Camón Aznar, D. José.
Campo, D. Angel del.
Campo Alange, Condesa de.
Candeira, D. Constantino.
Candeira Barreras, D. José Luis.
Cangas Herrero, D. José Ignacio.
Canillejas, Marquesa de.
Cánovas del Castillo, D. Fernando.
Carabe Palacios, D. Luis.
Carles Rosich, D. Domingo.
Caro Guillasmas, D. Juan.
Carruana Gómez de Barrera, D. Jaime.
Carrasca Sagastizábal, D. Fernando.
Carrión Aizpurúa, D. Joaquín.
Carretero Cepeda, D. Francisco.
Carro García, D. Jesús.
Casa-Irujo, Marqués de.
Casa Puente, Condesa de.
Casado García, D. Eugenio.
Casino de Madrid.
Casino de la Gran Peña.
Castaño Cardona, D. José del.
Castells Cabezón, D. José.
Castillo, D. Fernando del.
Castillo de Lucas, D. Antonio.
Castro, D. José María.
Castro Gil, D. Manuel.
Castro Muñoz, D. Angel de.
Catasús Roca, D. José María.
Caturla, D.^a María Luisa.
Cavestany, D. Alvaro.
Cayo del Rey, Marqués de.
Ceballos y de Hornedo, Antonio de.
Centellas, Marquesa de.

Cervera Vera, D. Luis.
Cifuentes Fernández, D. Ramón.
Ciria, Marqués de.
Clavell Montiu, D. Juan.
Collantes, D. Rafael.
Colmenares, D.^a María Asunción de.
Corbul, Conde de.
Correa, D. Eduardo.
Cruz Collado, D. Antonio de la.

Champourcin, Barón de.
Chueca Goitia, D. Fernando.
Churruca Dotres, D. Ricardo.

Dalré Espejo, D. Gustavo.
Daza y Pérez de Madrazo, D.^a Milagro.
Delaunet, D. Amadeo.
Delgado y Hernández de Tejada, D. José-Manuel.
Díaz de Bustamante, D. Alfonso.
Díaz Inneraryty, D. José Luis.
Diego Curto, D. Gregorio de.
Díez García, D. Antonio.
Díez Rodríguez, D. Hipólito.
Domínguez Carrascal, D. José.
Domínguez de la Fuente, D. José María.
Durán, D. Miguel.

Equiegaray Senarega, D. Juan.
Elzaburu, D. Oscar B.
Entrecanales Ibarra, D. José.
Escobar Kirpatrick, D. Luis.
Escalas, D. Félix.
Espinós García, D. Miguel.
Estany, D.^a Teresa, Condesa de Lacambra.

Facultad de Letras de la Universidad de Granada.

Federico Somolinos, D. Francisco.
Felipe Peñalosa y Contreras, D. Luis.
Fernández Anglada, D.^a Josefa.
Fernández Ardavín, D. César.
Fernández Ballester, D. Tomás.
Fernández y Fernández P., D. Prudencio.
Fernández Menéndez, D. José María.
Fernández Navarrete, D.^a Micaela.
Fernández Rivera, D. Miguel Alejandro.
Fernández Rodríguez, D. José.
Fernández Rodriguez, D. Casto.
Fernández Shaw, D. Guillermo.
Ferrán Salvador, D. Vicente.
Ferrant Vázquez, D. Alejandro.
Ferrari Núñez, D. Angel.
Ferrer Galdeano, D. Santiago.
Figueroa Bermejillo, D. Rafael.
Fresno Gil, D. Manuel.
Frías, Duque de.
Frías, Duquesa de.
Friginal, D. Luis.
Fuentes Otero, D. José Luis.

G. Espresati, D. Carlos.
Gallardo Fajardo, D. José.
Gamazo y García-Noblejas, D. Germán V.
Gamero, D. Antonio M.
García, D. Carlos, Viuda de.

García de Acilu, D. Fernando.
García-Araus y García-Araus, D. Francisco.
García-Diego de la Huerga, D. Ramón.
García-Diego de la Huerga, D. Tomás.
García Guijarro, D. Luis.
García Molina, D. Francisco José.
García Molins, D. Luis.
García Moreno, D. Melchor.
García del Real de Bustero, D.^a Carlota.
García del Real de Olmo, D.^a Fernanda.
García de los Ríos, D. Eduardo, Marqués de Santa María.
García Rodríguez, D. Manuel.
García Sanchiz, D. Federico.
García Valdeavellano, D. Luis.
García Valdecasas, D.^a Asunción.
Garnica, D. Isidro de.
Gaya y Nuño, D. Antonio.
Gaytán de Ayala, D. Alejandro.
Gil Mariscal, D. Fernando.
Gil Marraco, D. Joaquín.
Gil Ulecia, D. Antonio.
Gil Varela, D. Alvaro.
Gili, D. Gustavo.
Gimena Mañas, D. Justo.
Giménez Ruiz, D. Manuel.
Giner Boira, D. Vicente.
Gobeo, D. Angel de.
Godó Valls, D.^a María.
Gómez Castillo, D. Antonio.
Gómez Cornejo, D. Santos.
Gomis, D. José Antonio.
Gomis y Cornet, D. Joaquín.
González Bueno, D. Octavio.
González Camino, D. Fernando.
González del Campo, D. José María.
González de Castejón, D. Joaquín, Conde de Aybar.
González Cebrián, D. Juan.
González Fernández de L., D.^a Paz.
González Mayo, D. José.
González Quijano y González de la Peña, D. Genaro.
González de Regueral, D. Augusto.
González Santiago, D. Francisco.
González del Valle, D. Juan María.
González del Valle y Herrero, Barón de Grado.
Gordillo y Ramírez de Arellano, D. Alfonso.
Granja, Conde de la.
Gregorio Colmenares, D. Vicente de.
Guillén Tato, D. Julio F.
Guinard, D. Paúl.
Gutiérrez Ballesteros, D. José María.
Gutiérrez Moreno, D. Pablo.
Gutiérrez-Roig, D. Enrique F.
Guzmán Espinosa, D. Antonio de.
Guzmán Martínez, D. Domingo.

Hernando, D. Teófilo.
Herrán, D. Agustín A.
Herrán Rucabado, D. Estanislao.
Herrera, D. Antonio.
Herrero Garralda, D. Ignacio.
Hidalgo, D. José.
Hostos de Ayala, D. Eugenio Carlos.
Hoyos, D.^a Nieves de.
Hoyos, Marqués de.

Hueso Bidegain, D. Francisco.
Hueso de Bidegain, D.^a Julia.
Huidobro y Alzuren, D. Juan R.
Hurtado de Saracho y Arregui, D. Lorenzo.

Iglesias Fernández, D. José.
Instituto de Valencia de Don Juan.
Insúe y Mendiconague, D. Eduardo.
Institución Príncipe de Viana.
Instituto Amatller.
Iturriz, D.^a Josefa.
Izquierdo, D. Manuel.

Jara Cobos, D. Millán Francisco.
Jardier Fenollera, D. Francisco.
Jardón de Soler, D.^a Luisa.
Jiménez García Luna, D. Eliseo.
Jordán de Urries y Ulloa, D. Ramón, Conde de San Clemente.
Jorro Beneyto, D. Jaime.

Kusche Hoeftling, D. Ernst.

L. Fando, D. José Manuel.
Laboratorio de Arte de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla.
Labrada, D. Fernando.
Labrada Chércoles, D. Antonio.
Laffite Martínez, D. Carlos.
Lafora García, D. Juan.
Lafora García, D. Rafael.
Lafuente Ferrari, D. Enrique.
Laharrague, D. Teodoro S.
Láinez Alcalá, D. Rafael.
La Madrid de López Gutiérrez, D.^a Rosalia.
Lapayese Bruna, D. José.
Larrea Celayeta, D. Antonio.
Lemoniez, D. Alfredo.
León y Barea, D. Ricardo.
León y Murúa, D. Alberto de.
Lepine, D. Abel R. de.
Lerchundi y Sirotich, D. Luis.
Librería Buchholz.
Lillo Alemany, D.^a Mercedes.
Linares Reyes, D. Arturo.
López, D. Pedro.
López Cancio, Srta. Mariana.
López de Ceballos y Ulloa, D. Venancio.
López Delgado, D. Felipe.
López Gil, D. Manuel.
López Roberts y Muguiro, D.^a Angeles.
López Serrano, D.^a Matilde.
Lorente Junquera, D. Manuel.
Loriana, Marqués de.
Loukine, D. Georges.
Lozana, D. Emilio.
Lozoya, Marqués de.

Llanos Menéndez, D. Manuel.
Llanzol, Marquesa de.

Macaya, D. Alfonso.
Machimbarrena, D. José.
Madinaveitia de Grasset, D.^a Angela.
Magdalena Díaz, D. Deogracias.
Maíz y Zulueta, D. Jaime.
Malvey, D. Augusto.

Manzanares, D. Joaquín.
Mañas Sanfrutos, D. Julio.
Maravall, D. José Antonio.
Mariscal de Gante y de Gante, D. Manrique.
Marquina, D.^a Matilde.
Marroquín de Tovalina, D. Augusto.
Marroquín, D. Pedro María, Conde de Buena Esperanza.
Martí Alegre, D. Luis.
Martí Gispert, D. Pablo.
Martín Gallego, D. José María.
Martínez Almeida, D. Pablo.
Martínez Baro, D. Florencio.
Martínez de Blasco, D.^a María.
Martínez Molina, D. Avelino.
Martínez Reus, D. Rafael.
Martínez Rubio, D. Fernando.
Martínez de Vega, D. Juan.
Masavéu, D. Pedro.
Mata Milá, D. Jorge.
Matas Escudero, D. José.
Matas Pérez, D. Luciano.
Mauriño Campuzano, D. Joaquín G.
Mayalde, Conde de.
Medina de las Torres, Duque de.
Melgar, D. Ignacio.
Méndez y Toca, D. Luis.
Mendoza y Feijoo, D. Carlos.
Menéndez Pidal y Alvarez, D. Luis.
Meneses Puertas, D. Leoncio.
Miguel y Fernández Flórez, D. Raimundo de.
Monge, D. Felipe L.
Monte Nuño, D. Juan Manuel.
Montejo Quílez, D. Lorenzo.
Montero González, D. Ramón.
Montenegro y Tejada, D. Antonio L. de.
Morales, Srta. Pilar.
Moré de Lluís, D.^a Narcisa.
Morencos, D. José Antonio.
Moreno Borendo, D. Apolinar.
Moreno Carbonero, D. José.
Moreno Cuevas, D. Francisco.
Motta Aparicio, D. José.
Moroder, D. José.
Moya Blanco, D. Luis.
Múgica Arana, D. Domingo.
Muñiz Orellana, D. José.
Muñoz Román, D. Antonio.
Mura, Marqués de.
Murga Gil, D. Alvaro.
Murúa Pérez, D. José.
Museo Nacional de Artes Decorativas.
Museo Cerralbo.
Museo Naval.
Museo del Prado.

Olazábal, D. Luis de Pablo.
Onieva, D. Antonio J.
Oriol y Urquijo, D. Antonio.
Orozco Díaz, D. Emilio.
Ortega, D. Manuel.
Ortiz Dou, D. Angel.
Ortiz de la Torre, D. Eduardo.
Otamendi, D. Julián.
Ozores y Santa Marina, D. Alvaro.

Padró Paloma, D. Juan.
Palacio y de Palacio, D. José María de, Marqués de Villarreal de Alava.
Parias, D. José María.
Pemán y Pemartín, D. César.
Pereire, D. Roger.
Peregrín Puga, D. Francisco.
Perera y Prast, D. Arturo.
Pérez Botija, D. Eugenio.
Pérez Comendador, D. Enrique.
Pérez Gil, D. Juan.
Pérez Maffei, D. Julio.
Pérez y Pérez, D. Jaime.
Picardo, D. Alvaro.
Picardo y Blázquez, D. Angel.
Picardo Wilkinshaw, D. Roberto.
Piñanes de Tena, D. Francisco.
Piñerúa, D. Oscar.
Pedregal, D.^a Ascensión, viuda de Uña.
Peláez Quintanilla, D. Luis.
Poppelreuther, D. Hans O.
Porter, D. José.
Pose Serrano, D.^a Manuela.

Quesada Gilabert, D. Julio.
Quilis, D. José María.
Quirós Isla, D. Pedro.

Rafal, Marqués de.
Rafols, Marquesa de.
Ramón, D. Arturo.
Ramonet, D.^a Rosario, viuda de Monterde.
Ramos Asensio, D. Antonio.
René Bonjean, D. Luis.
Reparaz Astein, D. Julián de.
Río Alonso, Franciseo del.
Ríos, D. Víctor de los.
Riviere de Caralt, D. Fernando.
Roca, D. Rogelio.
Rocamora Vidal, D. Manuel de.
Rodera, D. Angel.
Roesset Velasco, D.^a Marisa.
Rodríguez Beltrán, D. Manuel.
Rodríguez Cadalso, D. Estanislao.
Rodríguez Moñino, D. Antonio.
Rodríguez Pascual, D. Eugenio, Marqués de Pelayo.
Rodríguez de Rivas, D. Mariano.
Romero de Lecea, D. Carlos.
Romero de Torres, D. Enrique.
Rosés Ibbotson, D. Tomás.
Ruipérez, D. Guillermo.
Ruiz de Arcaute, D. Agustín.
Ruiz Vernacci, D. Joaquín.

Sabry, Mohamed.
Sáenz Santa María, D. Luis.

Sáenz y Fernández Casariego, D. Enrique.
Sagnier, Marqués de.
Santafé Rodríguez, D. Martín.
Sainz de la Cuesta, D. José.
Sala, D. Luis de.
Salafranca Barrio, D. Rafael.
Salas Masquef, D. José.
Salas Rodríguez, D. Valeriano.
Salisachs de Juncadella, D.^a Mercedes.
Sampere, D. Carlos.
San Román, D. Valentín.
Sánchez Cantón, D. Francisco J.
Sánchez Cuesta, D. León.
Sánchez Espejo, D. José.
Sánchez de León, D. Antonio.
Sánchez Pérez, D. Javier.
Sánchez Villalba, D. Apolinar.
Sancho, D. Miguel.
Santos Murillo, D. Eduardo.
Santos Suárez, D.^a Isabel.
Sanz López, D. Carlos.
Sanz Andrés, D. Roberto.
Sedó Peris Mencheta, D. Antonio.
Sedó Peris Mencheta, D. Juan.
Sela y Sela, D. José.
Semprún, D. Javier.
Serra Pickman, D. Guillermo.
Sidro de la Puerta, D. Carlos.
Simpson, Mrs. Marjorie.
Siravegne Giménez, D. Constantino.
Sobejano R. Rubi, D. Emilio.
Soler Puchol, D. Luis.
Soler de la Riva, D. Ignacio.
Sota y Aburto, D. Ramón de la.
Sotomayor, Duque de.
Sousa Sánchez-Manjón, D. Luis.
Stuick, D. Gabino.
Suárez Gómez, D. Angel.
Sueca, Duquesa Viuda de.

Thiebaut, D. Remigio.
Terranova, Duque de.
Tobler, D. Arnold.
Toral y Fernández de Peñaranda, don Enrique.
Tormo, D. Elías.
Torra-Balarí, D. Mauricio.
Torre-Boulen, D. Juan de la.
Torre Cossío, Conde de.
Torrego Alvarez, D. Agustín.
Torrellano, Condesa Viuda de.
Torres Martínez, D. Luis.
Torres Quevedo, D. Luis de.
Torres de Mendoza, Marqués de.
Torroba Llorente, D. Felipe.
Traumann, D. Enrique.
Traver Tomás, D. Vicente.
Triana Blasco, D. Luis.
Túy, Vizconde de.
Túy, Vizcondesa de.

Ubarrechena Iraola, D. Antonio.
Uña de González, D.^a Carmen.
Urcola y Ansola, D. José R.
Urquijo, D.^a Pilar, Marquesa del Valdueza.
Urquijo y Landecho, D.^a Isabel.
Usallan, Viuda de.

Navarro Alcacer, D. José.
Navarro Reverter, D. Vicente.
Navas Muller, D. José María.
Nogués Morales, D. Manuel.
Noriega Olea, D. Vicente.
Núñez J. Peñasco, D. Eduardo.
Núñez Mera, D. Joaquín.

Obispo de Madrid-Alcalá, Patriarca de las Indias.
Ojeto y Godínez de Paz, D. Carlos.
Olabarri, D. Luis.

Valcarce Gallegos, D. Antonio.
Valdeterrazo, Marqués Viudo de
Válgoma y Díaz Varela, D. Dalmiro
de la.
Valls Marín, D. Carmelo.
Vallaure y F. Peña, D. Juan.
Valle, D. Agapito del.
Valle, D. Leoncio del.
Valle de Suchil, Conde del.
Valverde, D. Joaquín.
Van Dulken, viuda de Laan.
Varela, D. Julio.
Vargas y Porras, D. Ramón.
Vázquez Armero, D.^a Isabel, viuda de
Gómez Acebo.
Vázquez de Pablo, D. Ignacio José.
Veciana, D. Florencio.

Vega de Anzo, Marqués de la.
Vega Díaz, D. Francisco.
Veguillas, D. Victoriano.
Vereterra Polo, D. Luis.
Víctor, D.^a Susana, viuda de Eizaguirre.
Vilches, D. José Luis.
Villarraig Aparici, D. Pedro.
Vilela Vázquez, D. José.
Vilella Puig, D. Cayetano,
Vilella Puig, D. Juan.
Villabaso, D. Rafael.
Villalobos Mier, D. Fernando.
Villamayor de Santiago, Marqués de.
Villanueva, D. Luis de.
Villarrea, Condesa de.
Vindel, D. Pedro.
Viudas Muñoz, D. Antonio.

Wais, D. Francisco.
Wilmer, D.^a Alice W. de.
Wilmer, D. Oscar.
Wolcow, D. George.
Yarnoz Larrosa, D. José.
Ybarra y Lasso de la Vega, Conde de
Ybarra, D. José María.
Yebes, Conde de.
Zaragoza, D. Gerardo.
Zarco y Ambrona, D. Rafael del.
Zavala Lafora, D. Juan.
Zayas, D. Antonio.
Zuazo Ugalde, D. Secundino de.
Zumel, D. Vicente.
Zurgena, Marquesa de.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

(FUNDADA EN 1909)

JUNTA DIRECTIVA

Presidente: *D. Julio Cavestany, Marqués de Moret.* → **Vicepresidente:** *Duque de Montellano.* → **Tesorero:** *Conde de Fontanar.* → **Secretario:** *D. Dalmiro de la Válgoma Díaz-Varela.* → **Bibliotecario:** *Marqués de Aycinena.* → **Vocales:** *Marqués de Aledo.* — *Duque de Baena.* — *Marqués de Lozoya.* — *D. Enrique Lafuente Ferrari.* — *D. Francisco Javier Sánchez Cantón.* — *D. Alfonso García Valdecasas.* — *Marqués de Montesa.* — *D. Antonio Gallego Burín, Barón de San Calixto.* — *Duque de Alba.* — *D. Fernando Chueca Goitia.* — *D. Luis Díez del Corral.*

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD

Catálogo de la Exposición de Orfebrería Civil Española, con 163 páginas y 42 ilustraciones.

Catálogo de la Exposición de Códices Miniados Españoles, con 270 páginas de texto y 82 ilustraciones.

El Palacete de la Moncloa, con 30 páginas de texto y más de 60 ilustraciones fuera de texto.

Catálogo de la Exposición "Aportación al Estudio de la Cultura Española en las Indias", con 104 páginas de texto y más de 100 ilustraciones fuera de texto.

Catálogo de la Exposición de Alfombras Antiguas Españolas, con 228 páginas y 63 grandes ilustraciones en bistro y colores.

Catálogo de la Exposición de Encuadernaciones Antiguas Españolas, con 249 páginas de texto y multitud de ilustraciones.

Catálogo de la Exposición "La Heráldica en el Arte", con 96 páginas de texto y 117 láminas.

Catálogo ilustrado de la Exposición "Antecedentes, coincidencias e influencias del arte de Goya", con 378 páginas de texto, 81 ilustraciones, más XXXVIII láminas.

Catálogo de la Exposición "La caza en el Arte retrospectivo", con 110 páginas de texto, 30 ilustraciones en el mismo y 64 láminas en negro y 12 en color.

CATÁLOGOS AGOTADOS QUE HAN DE IMPRIMIRSE SUCEсивAMENTE

ANTIGUA CERÁMICA ESPAÑOLA.

MOBILIARIO ESPAÑOL DE LOS SIGLOS XV, XVI Y PRIMERA MITAD DEL XVII.

MINIATURAS DE RETRATOS.

TEJIDOS ESPAÑOLES ANTIGUOS.

RETRATOS DE MUJERES ESPAÑOLAS ANTERIORES A 1850

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS ESPAÑOLAS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE LENCERÍAS Y ENCAJES ESPAÑOLES.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE HIERROS ANTIGUOS ESPAÑOLES.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DEL ABANICO EN ESPAÑA.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DEL ANTIGUO MADRID.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE "FLOREROS Y BODEGONES".

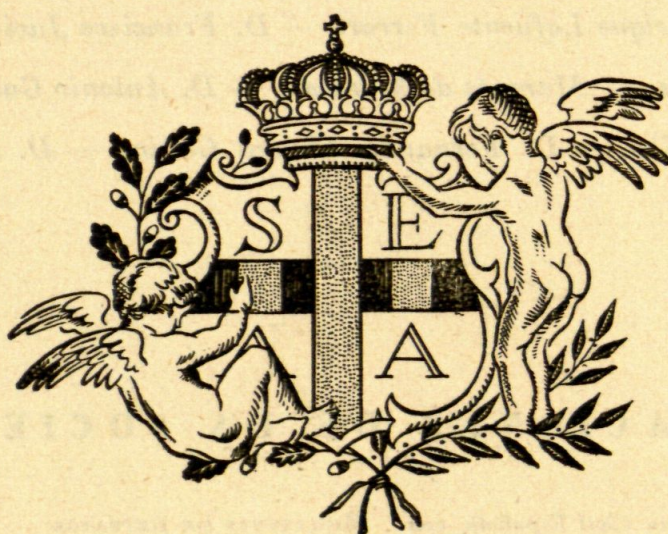
CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE DIBUJOS ORIGINALES.

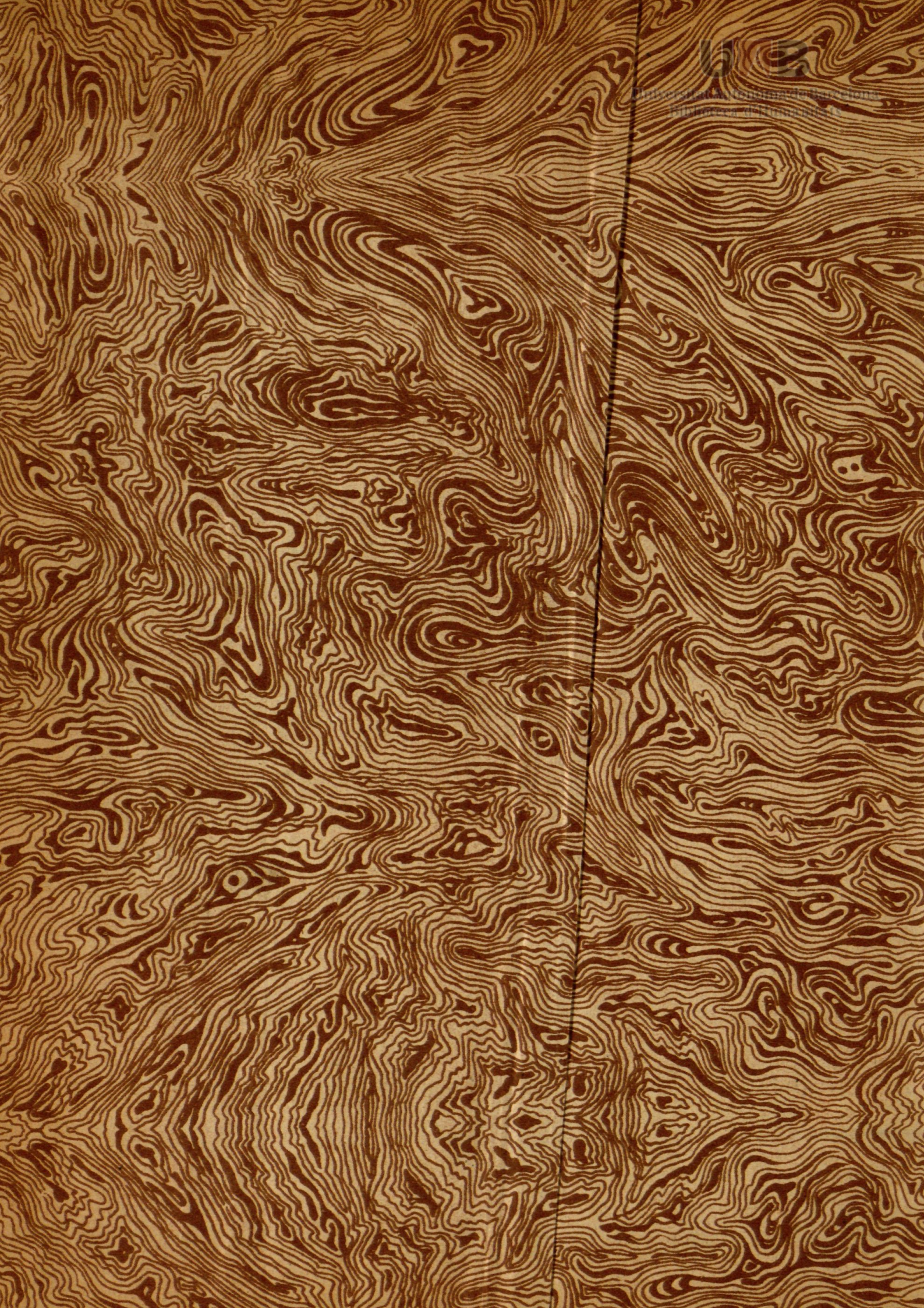
CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE PREHISTÓRICO ESPAÑOL.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE RETRATOS DE NIÑOS EN ESPAÑA

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE FRANCISCANO.

165 FIRMAS DE PINTORES TOMADAS DE CUADROS DE FLORES Y BODEGONES.





UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Història



